El Hogar

ILUSTRACION SEMANAL ARGENTINA



por NOLLE. "DAMA ANTIGUA" *De la exposición del Salón Witcomb.*

EMPRESA HAYNES
CASA EDITORA
393. CALLE MAIPÚ. 393
UNIÓN TELEFÓNICA 1472, AVENIDA

El Hogar

ILUSTRACIÓN SEMANAL ARGENTINA
(FUNDADA EN 1904)
APARECE TODOS LOS VIERNES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR		EN EL EXTERIOR	
Año	$ 9.— m/n.	Año	$ 11.— m/n.	Año	$ oro 8.—
Semestre	„ 5.— „	Semestre	„ 6.— „	Semestre	„ „ 4.—
Trimestre	„ 2.50 „	Trimestre	„ 3.— „	Trimestre	„ „ 2.—
Núm. suelto	„ 0.20 „	Núm. suelto	„ 0.25 „		
„ atrasado	„ 0.40 „	„ atrasado	„ 0.50 „		

El importe de las subscripciones puede ser remitido a esta administración en giros postales, cheques, órdenes contra casas de comercio establecidas en ésta o estampillas de correo, bajo sobre certificado.

ANUNCIOS EN EL EXTERIOR. — Se aceptan anuncios de cualquier Agencia o Casa de publicidad de buena reputación. — No se acuerdan representaciones exclusivas. La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.

AGENTES PARA LA VENTA EN EL EXTERIOR:

Para evitar interrupciones en la recepción, conviene remitir la renovación de las subscripciones sin demora. || CHILE, BOLIVIA } Alfredo Sánchez A.—C. de Correo 3536, Santa Mónica 2141, Santiago || URUGUAY.—A. Adami. Pza. Independ. 824, Montevideo. PARAGUAY.—R. D. Recalde, Bs. Aires 209, Asunción.

AÑO XVIII — Buenos Aires, 18 de Marzo de 1921 — NÚMERO 597

NOTAS Y COMENTARIOS DE ACTUALIDAD

Las finanzas de la gente bien

¿Es verdad que nuestra gente bien no está del todo bien... de finanzas? En tal caso, ello no dejaría de coincidir con la pérdida de posiciones en el Presupuesto (palabra que conviene escribir con mayúscula), y por lo que toca a este preciso momento, con la temporada de ruleta en Mar del Plata. Hace ya dos o tres años que las finanzas de la gente bien motivaron un grito de alarma de un filantrópico político. Ahora se nos habla de concursos civiles, de la garra de la usura y del derrumbamiento de grandes fortunas. ¿Qué hacer para remediarlo? ¡Habría que abrirles crédito! dicen. Y en efecto, abrir crédito a los que están fundidos o en trance de fundición siempre sería una obra de misericordia. Pero nuestra gente bien es demasiado amiga del boato para que el crédito bastara a sacarla del atolladero. (Sin contar que el crédito, sobre todo el hipotecario, siempre ha sido el principio del fin de las fortunas bien). En verdad, y aunque simpatizamos mucho con el crédito, no es por ese lado por donde vemos la solución. Con el lujo pasa lo que con el pan: hay que ganarlo; y si actualmente hay dos cosas caras, son esas precisamente: el pan y el lujo.

Ante una acusación fiscal

Los escándalos de las obras del Congreso fueron en su época el tema cotidiano de todo el mundo. Si los gobiernos de entonces no les pusieron término, no fué por falta de quien los denunciase. Pero los gobiernos hacían lo que los sabios: oían y callaban. Si cupiera creer que los empresarios de las obras hubiesen necesitado interpretar una cosa tan clara como esa circunspecta actitud ¿hubieran podido hacerlo en otra forma que como una declaración de solidaridad, una aprobación de sus cuentas y una manifestación de consentimiento? Si los empresarios no fueron más puntuales observadores del Código, también podrían decir que al parecer no era el Código lo que más estaba en vigencia.

Servicios telegráficos

Los magníficos servicios telegráficos de nuestros magníficos rotativos nunca acaban por enterarnos de algo definitivamente. Tres años hace que en Rusia domina un régimen determinado, bajo la dirección de hombres de los cuales sabemos muy poco más que los nombres; en cuanto al régimen, todo es obscuridad en su torno. El comunismo aplicado en Rusia parece al cabo de los años que no es comunismo, y si es comunismo, que no es el que se pensaba; los hombres no son lo que se creía, y si lo son, no es ello tanto como hubo de presumirse. En fin, que hay muchos telegramas todos los días y poco conocimiento de lo importante. De lo que no importa mucho, de eso sí siempre se consigue detalles menudos y precisos. Parece que en tal caso no hay interés en sembrar confusión en el juicio de los lectores. Pero si algo importa, no serán los telegramas los que darán idea de lo que ello sea; ha de creárselo uno luchando con los equívocos, las contradicciones y los absurdos de las noticias telegráficas. Todo este enredo entre Cronstadt y Petrogrado es flamante muestra de lo dicho. Que si está preso Lenin, o si Kalenin; que si no vive ya Trotsky, o si la electricidad en Petrogrado la dan los revoltosos o la suprime el gobierno; y si la cabeza de Kolcksor, es más apreciada que la de otro general; y si Kerenski es más fuerte que el soviet: todo aquello es lanzar más y más noticias, ninguna con certeza, ninguna confirmada; es sembrar alarmas y dar lugar a falsos virajes políticos; a especulaciones que son golpes de mano llevados contra el pánico; y el telégrafo siempre abundante, siempre fantástico, engañoso, importante; poderoso medio de información, que la mala fe y los intereses creados manejan para dificultar toda información fidedigna.

Los anunciantes exigen la comprobación de los tirajes

Un certificado interesante

Un selecto núcleo de caballeros norteamericanos, pertenecientes al alto comercio de esta capital, han accedido gentilmente a una invitación que les hicimos a fin de comprobar la circulación verdadera de nuestras revistas.

Este documento reviste un significado poco común, pues todos los firmantes son originarios de un país en el cual es costumbre ya establecida y observada por todos el que los anunciantes exijan la comprobación de los tirajes y no acepten aseveraciones verbales sobre la circulación. Existen allí tribunales que controlan severamente y atestiguan la real difusión de los diversos medios de publicidad, otorgándose certificados exactos a quienes los soliciten. De este modo los comerciantes pueden en cualquier momento, al contratar su publicidad, saber sin error posible el poder anunciador que alcanzan en determinado diario o revista la reclame de sus productos.

El director de la "Empresa Haynes", en un reciente viaje por los Estados Unidos, pudo comprobar que existen allí muy diversas opiniones respecto a los tirajes de los órganos de publicidad argentinos, ya que circulaban al respecto cifras verdaderamente cómicas de puro fantásticas. En el deseo de subsanar esta confusión, hemos creído necesario suministrar a los anunciantes norteamericanos las pruebas "reales" de nuestra difusión, para que así divulguen sus anuncios con acierto y conocimiento.

Sería de desear que algunos de nuestros estimados colegas hicieran otro tanto, dando a luz certificados tan serios como este que va a continuación:

"Por el presente documento certificamos que por invitación del señor Alberto M. Haynes, presidente de la "Empresa Editorial Haynes Ltda.", editora de las revistas "El Hogar" y "Mundo Argentino", que aparecen en esta ciudad, hemos comprobado en forma que no deja lugar a duda alguna, que la circulación de dichas revistas durante el trimestre del 1.º de Octubre al 31 de Diciembre de 1920 es la que figura en el diagrama que va a continuación para que la citada Empresa haga de él el uso que estime conveniente.

En Buenos Aires, a los 30 días del mes de Enero de 1921.

"EL HOGAR"				"MUNDO ARGENTINO"			
Fecha		N.º	Venta	Fecha		N.º	Venta
Octubre	1º	573	80.170	Octubre	6	508	179.340
»	8	574	82.250	»	13	509	179.675
»	15	575	81.890	»	20	510	180.340
»	22	576	82.610	»	27	511	179.255
»	29	577	82.310	Noviembre	3	512	178.835
Noviembre	5	578	81.990	»	10	513	180.320
»	12	579	82.470	»	17	514	178.520
»	19	580	81.390	»	24	515	179.320
»	26	581	81.350	Diciembre	1º	516	180.060
Diciembre	3	582	84.330	»	8	517	179.910
»	10	583	84.230	»	15	518	179.680
»	17	584	84.028	»	22	519	179.600
»	24	585	83.830	»	29	520	179.925
»	31	586	82.950				

NATIONAL PAPER & TYPE Cº — GERENTE
GENERAL ELECTRIC Soc. Anon. — PRESIDENTE
p. p. Compañía Swift de la Plata (Sociedad Anónima) — VICE-PRESIDENT
Cª WESTINGHOUSE ELECTRIC INTERNACIONAL — DIRECTOR
THE NATIONAL CITY BANK OF NEW YORK, BUENOS AIRES BRANCH

Desinteresados temores por la Lotería

Allá por los años 17 o 18, la Cámara de Diputados recibió un proyecto elevando al 20 % el impuesto a la Lotería y destinando el importe del aumento a la lucha contra la tuberculosis. Visto el proyecto por el reverso, resultaba cortar la especulación en billetes. Fué recibido muy fríamente, tanto dentro como fuera del Congreso, y hasta hace pocas semanas permaneció encarpetado en la Comisión de Legislación. Cuando la Comisión estuvo por producir despacho, hubo manifestaciones de inquietud que encontraron eco en la prensa. ¡Estábamos en vísperas de que quedase cortada la especulación en billetes! Pero resultó que en el despacho de la Comisión el impuesto no se elevaba al 20, sino tan sólo al 10, y que en cambio se reducía del 70 al 60 % el importe de los premios. Gracias a esta ingeniosa combinación, se obtenían los mismos recursos, sin por eso acortar mayormente el margen de especulación. Las manifestaciones de inquietud se acallaron y la prensa permaneció tranquila. Pero la Cámara, al aprobar el proyecto, agregó un acápite prohibiendo y multando la venta de billetes por más de su valor escrito. ¿Es menester que añadamos que otra vez volvieron a sentirse manifestaciones de inquietud y que otra vez volvieron a encontrar eco en la prensa? El destino de los fondos es muy noble, decían, pero ¿no iremos a matar con eso la Lotería?...

La policía y el terrorismo

Una noticia que debe haber causado pésimo efecto en el Departamento de Policía es la de que a raíz de atentado contra el señor Dato varios funcionarios de la policía de Madrid pensaban presentar su renuncia. Confiemos en que ya se hayan arrepentido de su temerario propósito, pues aparte de que renunciar al Presupuesto es delito de deserción, el ejemplo que dieran sería peligroso. ¿Qué sería de nosotros si cada vez que explota una bomba en Buenos Aires, renunciasen los encargados de la vigilancia de los elementos sospechosos y de la custodia de los locales amenazados? Según el paso que llevan las bombas, al poco tiempo esas funciones quedarían sin personal idóneo.

LA ESCULTORA DE LOS BOLCHEVIQUES

Desde hace algunos años tenía fama en Inglaterra, por el gran parecido y la expresión que daba a sus bustos y esculturas, la señora Clara Sheridan, viuda de un capitán del ejército británico que murió en el campo de batalla en la última gran contienda.

Su fama llegó a Rusia, y a pesar de lo revuelto de aquel desgraciado país, quisieron los jefes que manejan el bárbaro cotarro crease algo para compensar lo mucho que ellos destruyen, y la escultora inglesa recibió una invitación de Kameneff para que fuese a Moscú y esculpiese los bustos de los principales jefes bolcheviques.



Cabeza de Trotsky

Sin duda le sedujo la aventura, y, escritora a la par que escultora, vió que en esa magnífica oportunidad podía matar dos pájaros de un tiro, y después de manejar el cincel, hacer acopio de notas para dar gusto a la pluma y narrar lo que había presenciado.

Los jefes bolcheviques se pueden permitir el lujo de tener quien perpetúe sus simpáticas figuras que la posteridad juzgará desde el punto de vista artístico. De la artista que inmortalizará a los Lenin y los Trotsky se habla aquí.



Busto de Lenin.

Secretamente salió de Londres, con dirección a Suecia, desembarcó en Cristianía y de la capital Noruega pasó a Estocolmo, en donde fué obsequiada con un banquete por el príncipe heredero de la corona sueca.

De allí pasó a Rusia y llegó a Moscú, en donde las autoridades bolcheviques la alojaron en el Kremlin, en una de cuyas habitaciones instaló la escultora su estudio.



Zinovief, el Danton sovietista.

Día tras día, los jefes sovietistas pasaron largas horas delante de la artista inglesa, y poco a poco fué dando fin a su tarea, hasta que regresó a su país con los estupendos bustos que han llamado la atención en Londres, algunas de cuyas fotografías reproducimos aquí.

La escultora de los bolcheviques, señora Clara Sheridan.

Al mismo tiempo trae un diario que le servirá para hacer un libro que ha de tener gran aceptación, pues las solas notas parecen ser tan interesantes como sus esculturas.

Gran observadora hasta de los menores detalles, como es necesario que sea quien intenta reproducir en el barro las facciones de una persona y darle a la efigie la expresión del modelo, hace en sus notas observaciones muy ajustadas sobre el carácter moral y aspecto físico de los que "posaron" ante ella en el gran palacio fortaleza moscovita.

Dyherjuisky, dice, tiene el martirio cristalizado en los ojos; Lenin tiene una cabecita eslava, rara y fea; su mirada es retorcida y repugnante; nadie en el mundo mira como él. Trotsky tiene un espléndido aspecto de guerrero lleno de energía, que es lástima emplee en obra tan repugnante; y de Zinovief dice que es una extraordinaria mezcla de personalidades de conflicto, que tiene ojos de buen soldado y boca de mujer petulante.

Tal dice lacónicamente en sus notas la observadora escultora mistress Clara Sheridan; y aunque sólo dedica un par de líneas a cada celebridad bolchevique, bastan para hacerse una idea de lo interesante que ha de ser su libro de los detalles de la vida del Kremlin, en donde ha habitado bastante tiempo, y del carácter de las principales figuras que dirigen el bolcheviquismo.

Después que el público londinense ha admirado y aplaudido las estupendas esculturas, verdaderos retratos de los que manejan el cotarro comunista ruso, la expectación por leer el libro prometido es grande, y no se habla en la gran metrópoli inglesa de los bustos que han llamado la atención sin que al momento se piense en la expectación que ha de causar la obra por escribir.

En verdad que las descripciones de los tan tristemente célebres personajes deben ser tan exactas e interesantes como sus obras escultóricas.

Los judíos del mundo.—*Según un periódico inglés el número de judíos que hay en el mundo pasa de 7.000.000, distribuídos de la manera siguiente: Rusia, 2.621.000; Austria, 1.475.000; Alemania, 512.000; Turquía; 100.000; Holanda, 70.000; Gran Bretaña, 60.000; Francia, 50.000; Italia, 35.000; España y Portugal, 4.000; Suecia y Noruega, 2.000.*

En los Estados Unidos hay medio millón, de los cuales 70.000 viven en Nueva York; en Asia unos 200.000, hallándose en la India 20.000 y en Palestina 25.000; en Africa residen unos 100.000; el mayor número en la Argelia.

NUESTRO TEATRO POR HORAS

El triunfo de los peores

por José A. ORIA

De las ocho compañías nacionales que actúan por el momento en los escenarios bonaerenses, siete cultivan el teatro por horas. Lo que demuestra claramente en que cifran, por ahora, sus esperanzas las empresas, su vanidad los intérpretes y su ambición los autores.

Para la inmensa mayoría de ellos, el éxito del momento consiste en mantener en las carteleras, durante cientos de noches, una piecita de las llamadas por horas. Ni siquiera la gloria de hacer chapurrear tres actos el catalán, alemán o italiano a Casaux, o la de proporcionar a Parravicini una oportunidad de remedar las pronunciaciones francesa o inglesa, compensan actualmente el renombre y los derechos devengados al autor por una obra de las que antes se denominaban de género chico.

Para comprobarlo, basta concurrir a alguno de los teatros en que, en la proporción recordada, se representan "piezas por horas". Las obras se "doblan" o "triplican" en el cartel y si se desea verlas, a pesar de las decoraciones y escucharlas, a pesar de todo, es necesario negociar en la taquilla, más allá de los precios nominales, para obtener asiento.

Si una visita a nuestros coliseos al por menor puede ofrecer la prueba de lo mucho que ha beneficiado a los boleteros la supresión de la reventa de localidades; convence, asimismo, cumplidamente, de lo sensata que resulta la sustitución de la designación escénica "género chico"—que fué la usual durante varios lustros—por la menos precisa y comprometedora de "teatro por horas".

La expresión de género chico cundió, hace menos de cuarenta años, aplicada a las concepciones rápidas con que los autores españoles distraían la atención pública del romanticismo retardatario de Echegaray y del prosaísmo rimado de Camprodón y Eguílaz; en resumen, para las obras teatrales, costumbristas y melodramáticas, a las que, por no aspirar el arte superior—zarzuela grande, drama o comedia en varios actos,—se las incluía en un nuevo casillero estético despectivamente rotulado "género chico".

Pero este género escénico, por chico que se le considere, ha tenido una urdimbre bastante resistente y, en ocasiones, lucida. Ciertos cuadritos costumbristas de don Ricardo de la Vega, de Arniches y de los Quintero demostraron una vez más—después de los pasos de Quiñones de Benavente, los entremeses de Cervantes y los sainetes de don Ramón de la Cruz,—que la enjundia artística de una obra puede exceder en mucho a su extensión. Y como la memoria colectiva es una especie de crisol en que se retienen los materiales más puros y se desecha la escoria, para ella el género chico estaba definido dentro de las características de sus mejores modelos, vecindad harto peligrosa para los ejemplares de nuestro teatro por horas.

Teatro por horas, he aquí la expresión idealmente exacta para designar a la babel artística a que se aplica. Un género escénico supone—aun por simple analogía, y sea chico o grande—un esfuerzo de selección, de composición y de estilo. ¡Cuánto menos exigente y adecuado es lo de teatro por horas! ¡Con éste nada de compromisos, de composición, de originalidad ni de estilo! Al público se le sirven espectáculos por rebanadas; las escenas se acumulan hasta llenar cincuenta, sesenta minutos, con sucesión, pero sin orden; con chistes, pero sin gracia; con gran abundancia de rimas y falta completa de poesía; con grandes ganancias y sin ningún provecho. Y el espectador es atendido en esos teatros como lo sería por un cochero, que en vez de llevarlo, "por horas", a los lugares más sanos y pintorescos de la ciudad, lo pasease obstinada y neciamente por la quema de basuras y las alcantarillas municipales.

Hemos asistido, en lo que va de la temporada, a tres estrenos de nuestro teatro por tajadas cronométricas: "¡Cómo se pasa la vida!...", "El carnet de Cupido" y "Juan Cuello".

Los dos primeros representan la especie más típica del teatro por rebanaditas: la revista; el último se anuncia como "pieza en dos actos y en verso", pero ya sabemos lo mucho que se abusa en el teatro de las ficciones...

Si hay algún género escénico que sea decididamente subalterno, ese es, sin duda, la revista. Es una especie de ensalada confeccionada con los desperdicios de las otras variedades dramáticas, simple collar de quincallería que sólo reluce a fuerza de luz eléctrica y vistosos decorados. Para ser exactos, la revista no es otra cosa que una variante ruidosa del cuadro vivo.

Sus especies son numerosas, si bien entre nosotros pueden reducirse a dos: la revista de actualidad, de índole aun más periodística que teatral—como lo suele demostrar la procedencia de sus autores—y en la que se hacen desfilar las personalidades y aspectos más característicos del momento; y la revista fantástica en que, como por ejemplo, "El carnet de Cupido", se pretende hacer "la historia cómica del amor a través de todas las épocas y naciones del mundo", es decir, la que se hace para demostrar las diversificaciones reales o supuestas de una idea o de un sentimiento a través de medios y épocas distintas.

Si "El carnet de Cupido" puede incluirse en la variante más ambiciosa de este género modesto, "¡Cómo se pasa la vida!", a pesar de su título y de comenzar con las admirables coplas de Jorge Manrique, es, sobre todo, una revista de actualidad. En ella, conforme a una receta harto resobada, que ya no supone ni ingenio ni talento: se hacen desfilar o se inventan especies contrarias de un mismo género. No se presenta al tango, sino a los tangos, el sentimental, el orillero, el parisién, etc. Lo que se les hace decir a estos personajes no puede ni merece recordarse y no siempre es pronunciado, no digamos con corrección, pero ni siquiera con claridad por sus intérpretes.

Aunque de uno de los revisteros teatrales más en boga, "El carnet de Cupido" no es menos deleznable que la obra precedente. Su asunto ("historia del amor a través de todas las épocas y naciones del mundo"), es tan vulgar que un crítico francés—Basch, "Etudes d'esthétique dramatique", pág. 262—presenta como un lugar común escénico el de hacer "resurgir las épocas históricas que se prestan a una escenografía e indumentaria pintorescas, o agrupan en un conjunto las sacerdotisas de Venus, desde los tiempos más remotos hasta el presente".

¿Qué otra cosa ha hecho el autor de "El carnet de Cupido", o para ser más justo, el escenógrafo o el sastre que intervienen en dicha obra?

Y con todo, si esta concepción trivial de "El carnet de Cupido" no pertenece al que la suscribe, ciertas chabacanerías a las que no descendería nunca un autor que se respete, proceden, inequívocamente, del proveedor del teatro fronterizo al que las representa. Entre ellas no podemos menos de recordar una parodia de "Otelo" que nos parece vituperable, no por irreverente, sino por inepta. La caricatura—aun la literaria—es un derecho, y hasta puede originar obras intencionadas y valiosas, como las de Sorel o de Reboux y Müller; pero cuando no evidencia su desconocimiento completo o una incomprensión irreductible de lo que se parodia.

De entre los procedimientos básicos empleados en "El carnet de Cupido", uno de ellos, musical, nos parece el más representativo: consiste en tocar el "Momento musical", de Schubert, con el ritmo atáxico y populachero del tango.

Nada puede dar una mejor idea de lo que se hace por envilecer el gusto del público y rebajar su mentalidad al nivel de la de ciertos proveedores escénicos.

Para comprender el éxito material de estos engendros es preciso conocer las relaciones que existen entre los que suelen hacer esas revistas teatrales y los que escriben en ciertos diarios. Dichas relaciones son tan íntimas e indisolubles, que harto a menudo revistero escénico y diarista teatral son una sola persona que se ha hecho crítico para que le estrenen y a quien nadie le estrenaría sino fuese crítico. Ella se encarga de proclamar desde su pasquín que acaba de producir una obra genial, de obtener un éxito formidable y de salpicar desde su ciénaga periodística a los que difieran de esa opinión desinteresada.

Sin olvidar que la reaparición en nuestro lamentable teatro por horas del gauchito trovadoresco, heroico y patriota—mero bastardo ripioso del novelón de Eduardo Gutiérrez, intitulado "Juan Cuello"—señala un franco retroceso del arte escénico nacional hacia la pista circense nativa.

Las reinas de la película



Madge Bellamy.

Manifestaciones curiosas.—*La consideración e importancia que se da a la esposa, varía extraordinariamente, según los países y las latitudes.*

En algunos pueblos, por ejemplo, la mujer suele ser una compañera dispendiosa; pero en las regiones septentrionales del río Amor, ¡horrible sarcasmo!, lo mismo que en la Siberia, el valor de una mujer, según los informes recientes del misionero Lausdell a la Sociedad Científica de Inglaterra, es de ocho o diez perros, un trineo o dos barriles de aguardiente, todo según su edad y corpulencia.

En el río Amor, sin embargo, la mujer está dignificada si se compara con la de la mujer entre las tribus de la Nueva Bretaña.

Allí son propiedad absoluta de los maridos, que las compran y venden, y aun se las comen en caso de necesidad, y quién sabe si por exceso de pasión amorosa.

E V O C A N D O

por Enrique José TORRADO

Ahora que me encuentro de retorno en Buenos Aires recuerdo con melancolía las inolvidables horas pasadas en el campo. ¡Nunca pensé que el alejamiento me entristeciera tan hondamente! Yo, que suspiraba por la ciudad nativa, que fuera de ella me sentía decepcionado y solo, que necesitaba de sus luces y de sus vibraciones para templar mi espíritu, al volver a su seno no experimentaba la emoción que la ausencia pareciera reclamar, y, en cambio, si el hogar y nos de una muchacha humilde, buena como una madrecita santa y hermosa como una mañana de primavera, mi corazón de hombre sentimental y enamorado ¡volvía a mi ciudad y dejaba el alma en otra parte! Entonces, por consecuencia lógica de ese estado de mi espíritu, Buenos Aires me pareció una metrópoli lúgubre, sombría, y pensé que me asfixiaría si me quedaba y que mi alegría no volvería nunca!

Por eso hoy, para aliviar mis penas,



mis viejos afectos no me llamasen, con toda seguridad que habría renunciado a cruzar las calles familiares y reanudar la vida sencilla y serena de la perfumada aldeíta provinciana!

Mi orgullo de porteño exigente se desvanecía sin que lo pudiese evitar. Es que allá, en la soledad de aquellas tierras donde el oro del trigo alfombra de rubias espigas los senderos, donde la calandria ritma sus canciones y la torcaza lleva su poesía a los aleros, donde el aire es más puro, el cielo más claro y el sol más generoso, quedaba en ma- para calmar esa angustia que me afiebra y que como un cuentagotas va colando lágrimas en mis ojos, evoco las horas pasadas al lado de aquella dulce chiquilla del campo. ¡Hace tiempo que la abandoné y sin embargo no he olvidado uno solo de sus encantos! Cuando uno quiere así, sin otras preocupaciones que las de querer mucho, ¡cuán difícil resulta pisotear los recuerdos!

Al amanecer, muy temprano, antes que el sol brillase en todo su esplendor, ya habíamos iniciado nuestro paseo matinal por las calles solitarias. Lo cruzábamos todo sin fijarnos en nada. La pasión nos poseía. Casi no desplegábamos los labios. Ella llevaba su mano puesta cariñosamente sobre mi hombro y de tanto en tanto nos deteníamos para mirarnos con ternura y unir nuestros labios en la suprema aspiración de un beso. Así seguíamos la ruta, soñando casi, pensando uno en el otro, como si la vida, la naturaleza, fuesen pequeñas, mucho más pequeñas que nuestro cariño.

Luego, cuando caía la tarde, mientras cesaba el rumor de los bosques y el silencio dominaba absoluto como una ley terminante, nos reuníamos en el jardín. ¡Con qué ansias esperamos el crepúsculo! ¡Parecíamos dos chiquillos que aguardasen la señal convenida para iniciar la bulliciosa ronda nocturna!

En el más perfumado rincón, cerca de las mejores rosas, nuestra pasión ritmaba al poema ideal.

Como la tierra se da al sol, ella me entregaba sus manos blancas para que las mías las acariciasen con suavidad. ¡Cuántas cosas expresaban nuestras manos!

A veces reclinaba su cabecita adorable sobre mi pecho y con ingenuo tono me preguntaba:—¿Me quieres mucho?

Y le respondía con un beso que traducía fielmente todo mi sentir.

Ya la luna en todo su esplendor, bajo su alba túnica, nos encaminábamos hacia las casas. Estrechamente unidos llegábamos a ellas sin advertirlo. Y nos despedíamos con pena. Desde el corredor, mientras mi figura se iba perdiendo en el camino, sus ojos me acompañaban como el lucero al peregrino que necesita orientarse...

¡Cómo no recordarla, sabiéndola lejos, si su generosidad era tanta, que jamás un reproche brotó de sus labios rojos como el pecado? De dolor se traspasó su alma cuando se enteró de que partiría al amanecer del día siguiente. Aquella tarde de la despedida estaba divinamente pálida. Sus ojos me contemplaron con tristeza. Resignada, no se inmutó siquiera. ¡Pobrecita! Parecía como si tuviera miedo de quedarse sola. Me abrazó con decisión y me dijo:—Yo sabía que también para tí llegaría este momento. Los hombres de la ciudad no se encuentran bien en la monotonía del campo. Piensa que te recordaré siempre, amado. Y si un día vuelves, porque me has querido mucho, aquí me encontrarás fiel a ese cariño...

Por eso, al evocarla, Buenos Aires, siendo tan bello me parece una ciudad que no tuviese otros atractivos que los de su grandeza. El amor lo embellece todo. Las soledades de aquellos campos eran para mí, estando ella, paisajes animados donde el ensueño cubría de rosas los senderos grises!...

GRANDES Y PEQUEÑAS COSAS DEL ARTE MUDO

Los niños sin infancia

por Jack MOREIRA

Hace algunos años se han representado entre nosotros, y con gran éxito, películas casi enteramente interpretadas por niños.

El público reía a carcajadas o sonreía paternalmente viendo a esos actores de cinco o seis años y a esas actrices de cuatro o cinco, esforzándose por imitar los gestos imperiosos de William Farnum o la mímica grácil de Mary Pickford. Sobre todo, en las escenas de ternura o de tragedia, los esfuerzos de aquellas criaturas por estar al nivel de la situación, resultaban sumamente eficaces.

Aun recuerdo como particularmente significativa una escena de "Aladino", tal como la interpretaban los actores infantiles de la Fox. Aladino—un Aladino no del todo parecido al de "Las mil y una noches"—va a salvar a su amada, retenida prisionera por un pretendiente despechado. La princesita enamorada y querida por Aladino, aparecía encerrada en una habitación que comunicaba, mediante una reja, con la jaula de leones feroces. Mientras la película llegaba a su momento álgido—el "climax" de los que no saben castellano — y Aladino pugnaba por socorrer a la princesa, se amenazaba a ésta con los leones, de que sólo la separaban los barrotes del enrejado referido, y que abrían fauces hambrientas como ansiando devorarla. La escena era realmente impresionante y de haber sido representada por cualquier actriz adulta, habría sido tomada en serio. La protagonista de dicha escena, la deliciosa Virginia Lee Corbin, lloraba en esos momentos lágrimas que no eran seguramente artificiales y que no tenían nada que agradecer a la glicerina que en estos casos suelen usar las personas y aun astros mayores de la cinematografía. Seguramente, no era con los leones con lo que se atemorizaba a aquella criatura, pero no debían provocarse seguramente aquellas lágrimas con la oferta de perspectivas risueñas...

Pues bien, cuando la pobre princesita era salvada por Aladino en circunstancias altamente dramáticas, ella, en presencia de su libertador, se desmayaba como una actriz, pero como una excelente actriz.

Todo el público encontraba graciosísima aquella escena y la festejaba con carcajadas ruidosas. El que aquella chiquilla de cara regordeta, alta como un florero y rubia como un angelito, se desmayase como una Dorothy Dalton, les parecía a los espectadores de una comicidad irresistible.

Y sin embargo, nada menos hilarante que la vida común de los niños actores, por poco que se piense y se sepa lo que ella es en realidad. No es la vida novelesca de los niños arrebatados a sus padres y errantes por los caminos en medio de titiriteros; pero no creemos que sea preferible.

Tomemos el ejemplo de los actores infantiles del cine, por representar la situación actualmente más envidiada entre sus congéneres.

El actor infantil de cine, lleva de dos a doce años—los hay de todas las edades comprendidas entre la infancia y la adolescencia, — la misma vida que las mujeres y actores hechos encuentran agotadora.

La búsqueda de una contrata, las esperas en las antesalas directoriales, el desplazamiento en busca del paisaje conveniente, las esperas al rayo del sol y las actuaciones a la luz enceguecedora de los reflectores eléctricos, toda esa vida nómade y galvanizadora del comediante avezado la hacen esos niños de igual o peor modo que los hombres hechos.

Por lo demás, si los actores infantiles del cine no actúan con la frecuencia con que lo hacen sus camaradas adultos, no vaya a suponerse que esto se hace en beneficio de aquéllos. Nada de eso; es que los niños se desgastan mucho más rápidamente.

¿Quien no recuerda la diferencia entre las primeras películas de Jane y Kathelyn Lee — ya harto olvidadas, — y las últimas; entre la espontaneidad, la gracia sana y conmovedora de Virginia Lee Corbin, en "La gallina de los huevos de oro" y la chiquilla pintarrajeada y precozmente marchita que se presentó con igual nombre en su última película? Es el público, y no las empresas, el que retira de la escena muda a esos actores que se estereotipan en su profesión, a los siete u ocho años de edad. Porque a las empresas de arte mudo el trabajo infantil no les resulta menos favorable que a las fábricas. Por mucho que valgan y por grande que sea la rapacidad de sus padres y tutores, esos niños nunca cuestan a las empresas lo que los actores adultos de igual categoría artística. Un contrato por dos o tres años permite a aquéllas explotar el talento escénico de una criatura, mientras éste es explotable para la escena muda. Transcurrido ese tiempo, lo que había de frescura, de gracia infantil, de espontaneidad avasalladora, ha desaparecido y sólo queda un viejo actor de ocho o diez años. Y no sonriáis: un viejo actor es todo aquel cuyo físico delata una mayor edad que la que suponen sus papeles, el que ha perdido la elasticidad de sus gestos y la plasticidad de su fisonomía. ¡Y yo desearía que se me citase el nombre de un solo intérprete infantil que después de actuar continuamente en el cine no se encuentre avejentado para los papeles de su propia edad!

Sin olvidar que esos niños, a la edad en que otros juegan, ríen y lloran libremente, tienen que hacer todo eso por oficio, por obligación y — probablemente — por amenaza. Esa sonrisa picaresca que nos encanta en el actor infantil tal o cual, ha sido ensayada docenas de veces ante el espejo y repetida quién sabe cuántas ante la cámara; para que la estrellita Fulana o Mengana llorase convincentemente y sin trampas, debe habérsele prometido otra cosa que caramelos y juguetes, o hacerle escuchar algo seguramente, algo menos meloso que la música.

¡Qué no habrán pasado, esos ojitos cándidamente abiertos ante el espectáculo nuevo y maravilloso del mundo, para acostumbrarse a mirar fijamente a través de la luz enceguecedora de las baterías eléctricas?

Y habría que ser excesivamente ingenuo para suponer que los padres que mejor explotan la infancia de sus hijos son asimismo los que mejor administran lo por éstos ganado.

Ni siquiera siempre el dinero adquirido por los niños actores lleva a su hogar una mejor armonía, una tranquilidad pecuniaria más estable. Un proceso reciente, en que dos padres se disputaban la proficua tutoría de una actriz célebre y diminuta del arte mudo, demuestra que el dinero ganado para sus padres por los actores infantiles, puede asegurar la holganza de aquéllos, pero no su felicidad ni menos aún la de sus hijos.

Por todo ello, al recordar la carita triste de Madge Evans, las lágrimas de Virginia Lee Corbin y las impertinencias profesionales, obligatorias de Jane Lee, recordamos aquella frase admirable en que el protagonista de una obra de Jacinto Benavente pide a los niños ricos y ociosos, a esos niños que reciben su ración diaria de caricias, de pan y de besos, que piensen en "esos niños sin infancia, obligados a ganarse la vida como los hombres".

Y sin explicarnos muy bien el por qué, de la vida de todos los niños sin infancia a que alude el genial dramaturgo, ninguna nos parece más digna de compasión que la de los actores infantiles de la escena muda, obligados a ganarse penosamente su vida divirtiendo a los demás.



Mary Osborne, cuyo éxito pecuniario como actriz ha provocado la separación de sus padres.



Madge Evans, una de las mejores actrices infantiles del arte mudo.



Virginia Lee Corbin, que cansada del cine sólo piensa dedicarse a la literatura.



Ben Alexander, notable y diminuto actor de la pantalla.



Jane Lee, ex estrella infantil y a la que ha olvidado rápidamente el público cinematográfico.



Francis Carpenter, compañero de Virginia Lee Corbin en varias películas.

LA DORADA CIUDAD DE LA ALEGRÍA

Confiados en los placeres que habían acumulado, y en todo el oro de que disponían, decidieron levantar la Dorada Ciudad de la Alegría.

Y cuando las relucientes torres de oro comenzaron a elevarse, con los deslumbradores cristales de las ventanas iluminados por el sol, la tierra se sumergió bajo su peso, y las torres se derribaron con todas sus ventanas, y nadie volvió a verlas jamás.



Entonces trajeron más oro que nunca. Trabajaron con ardor las minas y trajeron más oro de las ricas regiones auríferas; y trajeron toda clase de objetos relucientes. Y sobre las ruinas de las viejas levantaron nuevas torres, y exclamaron con orgullo: "¡Ahora sí que construímos la Dorada Ciudad de la Alegría!"

Y las torres se elevaban cada vez más, y era un prodigio verlas; y mientras se elevaban, la tierra se sumergió bajo ellas, y se derribaron como las primeras, y se perdieron entre los escombros. Y ellos maldijeron a la Tierra que se negaba a sostener sus torres.

Mas no se desanimaron por ello, y nuevos hombres volvieron cargados de tesoros, y otros trajeron más oro de las ricas regiones auríferas. Pero nadie lograba levantar la Dorada Ciudad de la Alegría.

Y entonces se presentó al fin un hombre cuyas vestiduras estaban ennegrecidas por las manchas de sangre, con un enorme saco lleno del cieno de la guerra, y se detuvo en medio de los arquitectos, rodeados de sus deslumbradores materiales. Y depositó en el suelo el cieno y las tribulaciones de la Guerra. Y la grama se cubrió con los horrores del hambre, del sufrimiento y la miseria; y se llenó de amargura con el frío y la anhelosa expectativa; y la tierra se endureció bajo la carga, y el desconocido comenzó a levantar, con el cieno de la Guerra, nuevas torres y bóvedas.

Y las torres eran tan austeras que nadie se regocijaba de contemplarlas. Y los arquitectos se quedaron pasmados.

LA CARICATURA EN EL EXTRANJERO

EL LLAMADO



"Aquí hacen falta unos jóvenes".

REFLEXION



—Sólo así se explica que mi mujer y mis hijas hayan gastado tanto dinero en Mar del Plata.

NO ES PARA MENOS



—¡Oh! querido amigo; tiene usted aspecto de estar muy cansado.
—¡Sí, acabo de tener un hijo!

UNA IDEA PARA ABARATAR EL PESCADO



Que cada vecino se lo pesque.

ES INUTIL



El orador. — Si la oposición cree que me va a intimidar con sus gritos y sus denuestos, está equivocada. Yo estoy acostumbrado a que me llamen "idiota" y "sinvergüenza".

(De *Life*, *Meggendorfer Blaetter*, *Le Rire*, *L'Esquella de la Torratxa*).

CURIOSIDADES. RAREZAS Y EXTRAVAGANCIAS


El aparato de múltiples aplicaciones para el hogar.

NUEVO INVENTO ÚTIL EN LOS HOGARES.—En el concurso Lepine, celebrado en París, se ha presentado un aparato eléctrico, de facilísimo manejo, ligero y muy útil en una casa.

Sirve para afilar toda clase de instrumentos cortantes y punzantes, y cuando se presenta la necesidad muele café él solo, pudiendo el ama de casa o la criada ocuparse de otros menesteres mientras la maquinita muele los granos para la sabrosa infusión. Luego aplica un ventilador y el aparato se encarga de procurarle aire fresco.

* * *

LOS ANIMALES SIMBÓLICOS EN LA RELIGIÓN.—El tallista que hace imágenes para las iglesias ha de saber esculpir, no sólo santos y ángeles, sino también animales; así:

El león para San Marcos y San Jerónimo.
El toro para San Mateo.
El borrego para Santa Agueda.
El caballo para San Martín.
El perro para Santo Domingo y San Roque.
El cerdo para San Antonio Abed.
La esfinge para Santa Bibiana.
Las ovejas para la Divina Pastora.
La paloma para la Trinidad, para Santa Teresa y Santo Tomás de Aquino.
El cuervo para San Pablo Ermitaño.
El gallo para la Pasión.
El pollo para Santo Domingo de Silos.
La perdiz para San Nicolás de Tolentino.
La culebra para la Purísima.
El dragón para San Jorge.
El besugo para San Rafael.
La ballena para San Jonás.
El pez diablo para San Miguel.
Las abejas corresponde a San Nicolás Bari y las moscas al Santo Job.

SACRIFICIOS HUMANOS EN EL AFRICA OCCIDENTAL.—Los pueblos que habitan en el Africa Occidental tienen los instintos más sanguinarios. Es bastante una guerra o un eclipse de luna para que se hagan sacrificios humanos, ya para aplacar la cólera de los vencedores, ya para hacer que sea propicio para ellos el astro de la noche, a quien adoran como la primera divinidad.

De resultas de un eclipse lunar, uno de los reyezuelos de aquellos países mandó reunir a todos los prisioneros de guerra a quienes era preciso degollar. Cuantas más víctimas se inmolan, más creen ellos que sea propicia la deidad nocturna que ha encubierto su semblante "porque quiere la sangre de las víctimas".

Estos sacrificios se hacen con pública ostentación. Los prisioneros esperan la muerte con resignación; el verdugo no se fatiga jamás en manejar su terrible alfanje, y todos creen que aquella insoportable escena tiene un fin religioso y laudable.

En vano los misioneros han procurado hacer comprender lo horrible de aquel procedimiento; pero ellos tienen más fe en la luna que en la autoridad de los blancos. Ha habido ocasiones en que las víctimas se han contado a miles. Los europeos han querido demostrar los efectos naturales de los eclipses de luna, pero ellos han respondido:

—No os canséis; cuando nuestra divinidad esconde su rostro y lo envuelve en densas sombras, es que quiere sangre y hay que dársela.

* * *

¿DESCANSARÁ EN PAZ?—Hace un cuarto de siglo murió en Londres, a la edad de ochenta y tres años, Sir Jorge Talkinton, una especie de Don Quijote dedicado toda su vida a enderezar los entuertos de la raza caballar. La nomenclatura de los tumbos y heridas que recibió en su ciego afán por domar todos los caballos, no es para descrita. Por primer tropiezo rompióse el hombro derecho, fracturóse más tarde el cráneo y sufrió la operación del trépano; rompióse tres veces el brazo izquierdo, hundiéronsele un día tres costillas, clavásele el cuchillo de monte en un muslo, fractúrase el brazo derecho, tuércensele cuatro veces los puños y otra el pie. Y no para aquí todo: sábesele además una fractura de la tibia, siete costillas rotas de un golpe, un mordisco de caballo que se le llevó la mejilla izquierda, una rotura del esternón, cinco heridas en las piernas y seis caídas en el agua. Eso hasta los sesenta años; a los sesenta y seis deja una pantorrilla en una empalizada, y a los ochenta debiósele amputar un dedo del pie a consecuencia del último tumbo. A ese tipo de excentricidad británica y muy amigo de reyes y príncipes, bien puede decírsele: "descansa en paz", cosa que no hizo en toda su vida.

No murió, sin embargo, de caída alguna, sino de una apoplejía.

* * *


La bicicleta doble, ideada por un constructor berlinés.

UNA BICICLETA DOBLE.—No cabe la menor duda de que el "sidecar", permitiendo llevar un compañero, o una compañera, de paseo, ha contribuido a generalizar el uso de la motocicleta haciendo decaer, en cambio, la afición a la bicicleta. Esta tenía, naturalmente, que defenderse, y a un constructor de Berlín le ha ocurrido hacer unas bicicletas dobles, es decir, con dos asientos puestos al nivel, en vez de ir uno tras otro como en las antiguas "tandems". Claro está que ello obliga a los ciclistas a ser unos consumados equilibristas, pero así se añade un nuevo aliciente para los aficionados que no temen un batacazo más o menos.

* * *

LA FUERZA DE LAS BEBIDAS.—Un médico inglés, el doctor Johnes, ha hecho un curioso análisis respecto a la fuerza de los licores fermentados. Deduce que un vaso de aguardiente contiene sólo el poder de tres cuartos de vaso de ron; de tres vasos de Oporto, Jerez de Málaga o de Madera; de cuatro vasos de Champaña, de cinco de Borgoña, de siete de Burdeos y de diez vasos de sidra o de cerveza. Este cálculo puede ser un aviso saludable para las personas que acostumbran usar inmoderadamente las bebidas alcohólicas.

EN EL ECUADOR YA NO HAY FIEBRE.—Uno de los países más castigados por la fiebre amarilla, la República del Ecuador, en cuyo litoral se consideraba como endémica esta enfermedad, se ha visto al fin libre de ella.

Este resultado se debe a una campaña sanitaria de varios años. La tarea de sanear Guayaquil, puerto principal del Ecuador, había sido confiada a una empresa inglesa, poderosamente secundada en el curso de la guerra por la Misión Rockefeller.

El microbio de la fiebre amarilla, así como el suero esterilizador que la cura, fueron descubiertos en 1917 por el doctor Noguchi, médico japonés agregado a la Misión Rockefeller. La Misión fué instalada por el general americano Gorgas, fallecido después, y los trabajos han sido hechos bajo la dirección de los doctores Connor y León Becerra.

El último caso de fiebre amarilla se presentó el 22 de mayo de 1919. A pesar del aumento sensible de la población extranjera, ningún caso nuevo se ha registrado desde entonces.

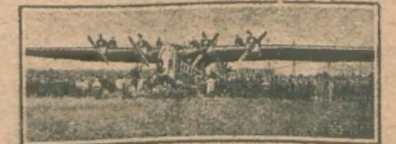
Los servicios sanitarios han comprobado la desaparición casi total del mosquito "estegomia", propagador de la enfermedad. Este mosquito se ha hecho tan raro, que un introducción directa del mal, si el caso se presentara, no podría hacer que estallara una nueva epidemia.

La República de Panamá acaba de levantar la cuarentena que había impuesto a los buques procedentes del Ecuador.

* * *

UN VUELO DE BERLÍN A NUEVA YORK.—Un colosal avión zeppelín, monoplano metálico, acaba de ser terminado y prepara su primer viaje de Berlín a Nueva York. Lleva un tren de aterrizaje que se puede esconder, de ocultación, llamado escamotable.

Dentro de las gruesas alas van colocados los motores, el combustible y parte de la carga.


El gigantesco monoplano que realizará el vuelo de Berlín a Nueva York.

Las actuales tendencias de la aviación moderna, en todos los países del mundo, derivan de este aparato verdaderamente ingenioso de un brillante porvenir.

Las alas que han de soportarlo en el aire llevarán en su interior su propia carga.

Nuestro grabado da una idea del nuevo avión monstruo.

LA FELICIDAD

por Daniel J. STOCKDALE

Cuando Julio llegó a la mayor edad, su padre creyó conveniente aconsejarle. Díjole:

—Conozco el insignificante valor de los consejos cuando éstos se prodigan a tontas, generalizando. La vida es un potro salvaje, al que es necesario dominarle con un poquito de inteligencia, otro tanto de astucia e igual dosis de arrojo y sangre fría. Es necesario, pues, no precipitarse, y el sistema más fácil para no caer inopinadamente es analizar las circunstancias que favorecen o perjudican las acciones a realizar.

Antes de iniciar una empresa se debe hacer el balance exacto de las fuerzas que nos acompañan al acometerla. La timidez y apocaminto del ánimo son cualidades negativas, pero no pueden confundirse con la prudencia ni la ecuanimidad que requieren todas las decisiones. Cultiva, pues, la serenidad del espíritu.

Observa a los hombres. La observación agiliza y desarrolla la inteligencia. Es una virtud superior [illegible] por encima de las vicisitudes futuras [illegible] el valor de los hechos [illegible] las cosas. [illegible] el casillero interior, [illegible] te facilitará la ardua [illegible] juzgar a tus semejantes.

[illegible] Que no te [illegible] ese cáncer [illegible] los espíritus vulgares—ni te [illegible] el chisme insidioso tan grato a las almas viles. Duda siempre, pues ese es el único camino que nos lleva a la verdad. Cree después de haber dudado, vale decir, después de haber comprobado.

Trabaja pacientemente, sin claudicaciones. Educa la voluntad.

Julio se puso de pie. Y con un gesto enérgico subrayó estas palabras:

—¡No quiero depender de nadie!

El padre quedóse mirándole de hito en hito. Una sonrisa cruel contrajo sus labios. Persuadido de la poca eficacia de sus palabras u obedeciendo tal vez a una asociación de ideas, enmudeció.

Dos años después, Ernesto, el segundo hijo, al cumplir la misma edad, escuchó parecidas consideraciones. El padre no fué interrumpido, y pudo así expresar ampliamente sus pensamientos.

* * *

Transcurrieron quince años.

Ernesto se había casado y tenía tres hijos. Era feliz. Luisa, su mujer, constituía su ídolo. Habíase consagrado al culto severo y sencillo del hogar. A costa de inmensos sacrificios iba consiguiendo hacerse de una posición desahogada. Vivía alegremente, satisfecho.



—La felicidad es esto—sentenció el anciano, aupando al rubio nietecito: —¡la propia obra!

Julio, en cambio, seguía soltero. Desempeñaba un puesto de relativa importancia en una repartición del estado. Tenía muchos amigos, a los que se hallaba vinculado por los lazos que impone una existencia superficial de diversiones y amoríos.

Aquel día comían juntos, los dos hermanos, presididos por el anciano padre. De sobremesa conversaron animadamente. Ernesto exponía sus proyectos, sus ideales. Si la suerte le era favorable, sus tres hijitos no conocerían la pobreza. Los educaría, sin embargo, habilitándolos para la lucha cotidiana, inculcándoles desde temprano hábitos de trabajo. Para ello aprovecharía sus aptitudes, las condiciones que revelaran, tratando de fortalecerlas, pues entendía que las tendencias innatas constituían el precioso filón explotable, y desviarlas o suprimirlas era desconocer la verdadera ciencia de la vida y destruir la personalidad.

El viejecito asentía, moviendo rítmicamente la cabeza. Para Julio, su hermano era un tonto. Le compadecía. A él nada le preocupaba. La independencia, la libertad. ¡Eso era saber vivir! No tener obligaciones ni deberes que cumplir. El hombre que voluntariamente pierde sus derechos, supeditado a influencias extrañas que debilitan y coartan la espontaneidad de las acciones, es un mediocre, un inocente.

Y terminó así:

—Convéncete, Ernesto. La clave de la felicidad es no depender de nadie.

—¡Qué niño eres!—exclamó rotundamente el viejecito, dirigiéndose a su hijo mayor.—La libertad es un concepto inventado por los hombres para engañarse a sí mismos. En lo creado nada es absolutamente independiente. Muy por el contrario. La naturaleza es tan sabia que todo lo ha relacionado, repartiendo sus dones con exquisita mesura. Lo que falta aquí, sobra allá. Lo que unos desean otros desprecian. Los obstáculos que impiden avanzar a algunos, impulsan a otros. Todo, en fin, obedece a una ley suprema: la armonía. Y el mundo subsiste precisamente en virtud de las compensaciones que lo rigen.

¡No depender de nadie! Pero, ¿acaso es ello posible? ¡Qué poco has aprendido, hijo mío, en tantos años! Crees...

—Abuelito, abuelito...—interrumpióle el Lulo, quien traía, agarrada fuertemente con sus manitas, una mariposa.

—La felicidad es esto—sentenció el anciano, aupando al rubio nietecito:—¡la propia obra!

HISTORIA DE UN CUADRO



Retrato al pastel de Mme. Pompadour, del Museo del Louvre, por Quentin La Tour.

Ved aquí el retrato de una belleza célebre, Poisson, la hija del carnicero Poisson, que fué hecha, a la par que favorita, marquesa de Pompadour, por su amante Luis XV, aquel rey a quien el cristianismo no impedía tener el más abyecto y el más divertido de los serrallos.

De ella pudo, con verdad, decirse que reinó en Francia durante veinte años, ejerciendo sobre el ánimo del rey fascinación tal, que aun cuando el amor regio se había ya extinguido seguía gobernando el corazón del monarca.

Mujer de singulares talento y perspicacia, comprendiendo que la pretensión de ser amada exclusivamente por un rey libertino y disoluto, era captarse el desamor, conformóse con ser la primera y la predilecta de las regias amantes, y proveyó el libertinaje de su señor y presidió sus desarreglos. Su vida pertenece a las páginas inverosímiles de la Historia.



Retrato de Luis XV, por Quentin La Tour, del Museo del Louvre.

Con sus gracias naturales, con la elegancia de sus maneras, aparentando prodigar entre pobres, doncellas y viejos desvalidos las larguezas de su opulencia, ensalzó o suplió —como dice un cronista— la bajeza de su origen, la hizo olvidar, y durante no poco tiempo se captó el corazón del pueblo como se captara para toda su vida el de su soberano.

Un buen día se le antojó ser retratada por Quentin La Tour. Lo consiguió... Pero a costa de una humillación de su rey... La favorita halló en el pintor la horma de sus zapatitos, de aquellos zapatitos con los cuales ella implantó la moda de los tacones "Luis XV", para que las mujercitas como ella disimulasen la pequeñez de su estatura.

Seducido por las ideas filosóficas del siglo, La Tour afectaba, precisamente ante los poderosos, una altivez y hasta un desdén rayanos con la impertinencia. Amaba muy poco la corte y menos aun a madama de Pompadour. Las negociaciones para el retrato, largas y tumultuosas, duraron tres años. A la primera invitación de la marquesa para que fuese a Versalles a retratarla, el artista respondió insolentemente al emisario: *"Dites a madame que je ne vais pas peindre en ville."* La marquesa redobló sus instancias y sus halagos; escribió de su puño y letra a La Tour asegurándole que le interesaban mucho él y su admirable talento.

La Tour ... resistir más. Cedió, pe... ndición de ... inte-

Luis XV, acostumbrado al humor caprichoso y tozudo del pintor, no se molestó, y se largó fuera de la estancia.

Así hablaban en otro tiempo los pintores a los poderosos.

Sin embargo, a juzgar por el retrato, nadie creería esta anécdota, y sospecharía del artista de espíritu cortesano y adulador. Esta mujer encantadora, de cabellos empolvados, de carnes rubias, de falda rameada de hojas de oro, está muy favorecida, sin faltar, es cierto, a la probidad artística. La delicada marquesa no estaba ya en el triunfante esplendor de su juventud. Bella aún, los años y las intrigas de la corte han impreso en sus rasgos las huellas de una fatiga evidente, que le hace temer una próxima desgracia. Aunque sus manos revuelven unos papeles de música, su pensamiento está muy lejos. El mejor acierto de esta obra maestra está en la expresión del momento psicológico en que fué retratada la Pompadour. Su cabeza, vuelta ligeramente, como temerosa o sorprendida, parece haber escuchado un rumor peligroso: la propia llegada del rey, de cuyo corazón la marquesa, en el declive de su belleza, ya no está muy segura.

De este retrato suélese decir, superficialmente, que simboliza al *joli siècle* elegante y voluptuoso, espiritual y brillante, el siglo de las pastorales floridas, de las mitologías graciosas y las fiestas galantes.

No es exacto. Aquellas bellas faldas rameadas, con sus desórdenes, simbolizan si acaso la incubación de la Revolución francesa... Si es el siglo que en las alturas da reyes y favoritas tales ...

LA PESTE VERDE

por C. MUZIO SAENZ-PEÑA

Sobre la costa del Atlántico, en el Estado de Massachusetts, hay un puerto de mar llamado Gloucester. Gloucester, además de sus diques, de sus establecimientos industriales, es como todos los pueblos de su índole, pintoresco y alegre. Hasta pudiera considerársele risueño, si sobre las colinas, que levantan sus verdes cabezas por encima de los médanos inquietos y dorados, no flotara a ciertas horas del día, y de la noche, impelido por los caprichos de las brisas marinas, el olor más nauseabundo y penetrante que olfato humano jamás haya percibido.



Y es que en Gloucester se estableció, hace algunos años, una fábrica de cola de pegar; producto que se manufactura con toda clase de desperdicios extraídos de las enormes pesquerías de bacalao que existen en ese lugar. El aire, antes puro y perfumado, retiene ahora un insoportable olorcillo que algunas veces adquiere las temibles proporciones de gases asfixiantes.

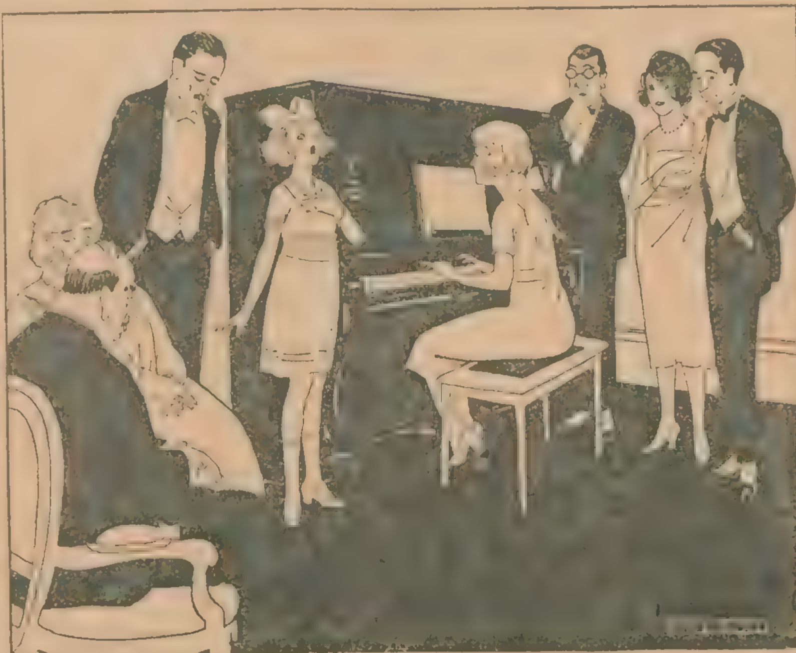
Preguntado uno de los que viven en Gloucester todos los días del año, cómo era posible que olfato humano pudiera tolerar tan repugnantes olores, respondió con el sabio discurrimiento que brinda la ingenuidad: "Es cuestión de costumbre, señor; nos hemos ido habituando poco a poco y ahora hasta pudiera asegurarle que... ¡nos gusta!"

La moraleja de esta anécdota, valga la distancia que de ella nos separa, la tenemos a mano; sin hurgar demasiado dentro de nosotros mismos. También nos hemos ido acostumbrando a cosas tanto o más repugnantes que el olor que flota sobre Gloucester. Nos referimos a esas cancioncillas que de la noche a la mañana se ponen de moda; que oímos cantar, tararear y silbar a todas horas, en todos los lugares y por toda clase de labios, sin distinción de sexo, clases ni edades. Es por la condenable inmoralidad que sus palabras expresan —porque no hay en esos malos versos, ni el más leve propósito de ocultar la procacidad de sus intenciones, y sí la de exteriorizarla—y por la difusión que han adquirido, en los últimos tiempos, que no hemos hallado, para mejor calificarlas, otro título más propio que el de "peste verde", por su excesiva libertad de lenguaje. Es una plaga que todo lo invade y todo lo poluta, menos grave, por cierto, que los aires pestilentes de aquel puerto de Massachusetts; pero que vamos fatalmente en camino de familiarizarnos con ella.



En ningún país civilizado las gentes se han dado, con tanto empeño, y lo que es peor, con tanto entusiasmo, a cantar versos tan obscenos. Ni las canciones de apaches de los "fortifs" de París, ni las que se cantan en los sucios bodegones de los muelles de Liverpool, en las tabernas de Whitechappel, en Londres, en los tugurios tenebrosos del Bowery neoyorquino, o en el barrio chino de San Francisco encierran tal impudor, ni muestran tanta mugre espiritual, como las que en estos días canta, silba o tatarea medio Buenos Aires. Son historias de pecado, de lujuria y degeneración en las que se nombran las cosas y se califican los actos con los vocablos más crudos y más despreciables.





"...Milonguita..."

Falla en muchos casos el léxico castellano para denominar ciertos episodios, demasiado bajos y repugnantes para citarlos sin ofender, como con una bofetada, el pudor de las gentes sustraídas a la influencia de esa moda. Entonces se recurre al peor de los "calós"; al lenguaje de la gente de mal vivir. No hay, después de todo, otro idioma que mejor exprese la vida y el sentir de las gentes que viven al margen de la delincuencia y alejadas de toda moral; historias que, gracias a tales canciones, son hoy día conocidas aun de los niños de las escuelas.

Y esas canciones, como el nauseabundo olor de Gloucester, han ido penetrando, lenta pero seguramente, en todos los oídos, en todos los lugares y, forzosamente, penetrará también en muchos corazones. Una dama de nacionalidad extranjera, deseaba llevar a su país, como muestras del "folklore" porteño, el texto y la música de las canciones populares. Coleccionó una serie de tangos y milongas; las mismas que ella escuchara en los teatros, en las confiterías, en los tranvías, en las calles y, a los niños a la salida de al escuela. Quiso conocer el significado de los versos—curiosidad justificada en un extranjero que durante su permanencia en Buenos Aires no había oído otra cosa. Cuando la señora en cuestión escuchó la traducción de esas palabras, comprendió su canallesco significado y descubrió la procacidad de tales versos, rasgó en cien pedazos esas músicas que, según ella, representaban las últimas producciones de nuestro "folk-lore". El desencanto había sido demasiado grande para hallar palabra alguna que lo expresara.

Buenos Aires ha aprendido a cantar; pero, más valiera seguir en la pesada mudez de los pasados tiempos, que cultivar tan deleznable género de canciones.

Mientras aquí, grandes y chicos, humildes obreritas o distinguidas damas, se conmueven hasta las lágrimas, entonando la historia cursi y procaz de una mujer víctima del tango o sumergida, por su gusto o contra su voluntad, en el limo del arroyo, y describen, con repugnante lujo de detalles, los lugares donde se inmola la virtud, la honestidad y la vergüenza; mientras hablan de lujosos lupanares, de mujeres licenciosas y de hombres pervertidos, encanallando inconscientemente sus espíritus, las gentes de todos los otros países, sin excepción alguna, entonan canciones que aligera el espíritu y alegran los corazones.



Aun los "vaux-de-vire" de Francia, los "trink-lider" de Alemania, los "drinking songs" de los países anglosajones, que los hombres corean como un ingenuo pretexto para emborracharse durante las largas noches invernales del Norte, son canciones que todo oído humano puede escuchar, sin que caiga sobre el espíritu, como una maldición, la pesadilla de inquietantes procacidades.

Muy lejos estamos de pretender moralizar escribiendo estas líneas. Pero se nos antoja que es un derecho de todo hombre, cuyo espíritu se rebela contra ciertas plagas que amenazan socavar la moral de un pueblo, el levantar la voz de alarma para que la oigan las gentes de sano discernimiento, y adviertan el peligro que esas canciones entrañan para los niños y los jóvenes.



El "cabaret", "la menega que da la mina", "el bulín", "la catrera" y tantas otras frases de tan canallesco sabor, que no pudiéramos reproducir en las páginas de esta revista, llegarán a sernos tan familiares que, con el tiempo, hasta justificarán los actos que describen; y, como el hedor irresistible de Gloucester, — hoy apenas percibido por sus habitantes—esas canciones que relatan tragedias inmorales, impúdicos amores e idilios de cloaca, serán escuchadas por ésta y las futuras generaciones, con la más condenable de las tolerancias.



Ilust. de Pelayo.

CUENTO INFANTIL

por Felipe H. FERNANDEZ

Porque eres muy curiosa y porque eres chiquita
y porque nada malo piensa tu cabecita
más que romper juguetes o pedir un bombón,
voy a "contarte" el cuento de aquella viejecita
que zurraba a los chicos, como hace tu abuelita,
(aunque cuando lo hace le sobra la razón).

Una vez... — hace mucho — a una nena curiosa
entusiasmó una frágil traviesa mariposa,
y, con el fin ingenuo de atraparla, corrió...
El insecto posóse sobre una fresca rosa
recogiendo sus alas en forma caprichosa
de modo que a la nena sin querer sorprendió.

Era una mariposa de matices divinos,
era blanca, con vetas azules, y los finos
dibujos de su cuerpo formaban una cruz...
Nunca había volado por aquellos caminos
mariposa tan bella de tonos argentinos
con ojitos de plata y con alas de luz.

Salida de su asombro, la nena presurosa
sus manecitas blancas echó sobre la rosa,
apretando con fuerza como nunca apretó,
y una vez convencida de salir victoriosa,
abrió sus manecitas donde la mariposa,
al morir asfixiada, sus tintas derramó...

Se sorprendió la nena, pues era muy chiquita,
y con la mariposa fué a ver a su abuelita
para que todo aquello le pudiera explicar,
y, mientras repetía: — ¡Pobre mariposita! —
la contemplaba, triste, diciendo: — ¡Qué bonita! —
echándola a los aires para verla volar...

Así llegó a su casa, lenta, calladamente,
una mano cerrada, la otra en la frente,
como aquel que hizo daño y lo advierte después.
La abuelita la besa, la observa fijamente,
la lleva hasta su pecho, la abraza dulcemente,
y al momento le dice: — Chiquita, ¿qué tenés? —

La nena, avergonzada, bajó su cabecita,
la escondió entre los brazos de su buena abuelita
y dijo entre sollozos: — Abuelita, hice mal...
— ¿Mal hiciste? ¿A quién puedes hacer mal, mi chiquita?
— Mire, — dijo enseñando. — A esta mariposita
que se había parado encima del rosal... —

Tenía sus deditos teñidos; parecía
haber volcado en ellos una policromía
azul, plata, diamante, verde, nácar y rosa,
y mostrólos diciendo: — Abuelita, he pecado —
llorando como nunca quizás hubo llorado;
a lo que la abuelita contestó cariñosa:

— Oye: Al camino largo de la vida, venimos,
unas veces lloramos, otras veces reímos,
la existencia es más dulce cuanto más penas da,
el sol es más amable cuanto más lejos brilla,
y es que somos, mi hijita, una mariposilla
que pierde sus encantos cuando más bella está.



Una estrella del cine aconseja a las mujeres

por GLORIA

(Dibujo por Penrhyn Stanlaws).

Por qué las actrices nunca envejecen

De todo lo concerniente a la profesión teatral, nada hay más enigmático para el público que la perpetua juventud de sus mujeres. Con cuánta frecuencia oímos decir: "¡Cómo, si la vi hace cuarenta años en el papel de Julieta y no representa un año más de edad ahora!" Naturalmente, hay que tener en cuenta la manera de caracterizarse; pero cuando se nos ve de cerca, fuera del escenario, necesita la gente otra explicación. ¡Qué extraño es que la generalidad de las mujeres no hayan aprendido el secreto de conservar la cara joven! ¡Y qué cosa tan sencilla es comprar un poco de cera pura mercolizada en la botica, aplicársela al cutis como cold cream y quitársela con agua por la mañana! Este procedimiento absorbe gradual e imperceptiblemente la cutícula vieja, y deja el cutis nuevo y fresco, libre de pequeñas arrugas, palidez y excesiva rojura. Este uso de cera mercolizada es también la razón del porqué las actrices no tienen la cara desfigurada con manchas, barrillos, etc. ¿Por qué nuestras hermanas del otro lado de las candilejas, no aprenden esta lección y se aprovechan de ella?

Cabelleras Onduladas

Pocas personas saben que el stallax puede ser usado como shampoo y que es mucho mejor para este propósito que cualquiera otra substancia. Tiene una natural afinidad con el cabello dejándolo lustroso, aterciopelado y pronunciadamente ondulado. Una cucharadita de las de café llena de stallax granulado, disuelta en una taza de agua caliente, es más que suficiente para el objeto. El stallax legítimo se vende en las farmacias, sólo en latas selladas, conteniendo una cantidad suficiente para hacer de veinticinco a treinta shampoo. La brillantez que confiere al cabello es completamente inimitable e indescriptible.

Para evitar el Vello

Es cosa muy fácil hacer desaparecer temporalmente el vello; pero evitar definitivamente esa innecesaria abundancia de pelo es ya otro problema diferente. No son muchas las damas que conocen los satisfactorios efectos que para ese resultado produce una substancia tan sencilla como el porlac pulverizado aplicado directamente al pelo. Este tratamiento se recomienda no sólo para hacer desaparecer al instante el vello o las superfluidades del cabello, sino para matar sus raíces por completo. C... todos los boticarios pueden vend... a usted una onza de porlac, can... suficiente para el experimento.

Se acabaron las Canas

No es necesario recurrir a los tan discutidos tintes del cabello para no tener canas. Las canas pueden recuperar fácilmente el color natural del resto del pelo con sólo usar durante pocos días de la aplicación de un remedio casero, al estilo antiguo, tan sencillo como inofensivo. Compre usted en seguida en casa de su boticario dos onzas de tammalite concentrada y mézclelas con tres onzas de ron o de espíritu de laurel. Aplique la loción al cabello unas cuantas veces con una esponjita, y verá usted con placer que al cabo de pocos días las canas que usted tenga van recobrando gradualmente el primitivo color del cabello. La loción es muy agradable, nada grasienta ni pegajosa y no hace daño en ninguna forma al cabello.

Un secreto contra los Barrillos

Los puntos negros, cutis grasientos y extensión de los poros del rostro son molestias que generalmente nos asaltan juntas, pero podemos combatirlas al instante por medio de un nuevo y único procedimiento. Se echa en un vaso de agua una tableta de stymol (de venta en las boticas) que produce vivamente una rizada espuma. Cuando la efervescencia ha pasado se baña el rostro con el agua "estimolizada" y después se seca con una toalla. Los intrusos puntos negros salen espontáneamente y desaparecen en la toalla, y los grandes poros grasientos se contraen como por encanto y se borran de la cara. No se produce ninguna opresión, fuerza o acción violenta. El cutis no sufre daño alguno y queda alisado, blando y fresco. Unos cuantos de estos tratamientos, con intervalos de tres o cuatro días, dan permanencia a esta belleza y se obtiene rápidamente la limpieza del rostro.

De la vida literaria en España

EL SEÑOR DEL GORRITO NEGRO

por Eduardo Gómez de Baquero ("Andrenio")

(Para "El Hogar")

En los estrenos de los teatros de Madrid, se ve con frecuencia a un caballero de aventajada estatura, de rostro inteligente y risueño, orlado con unas barbas entrecanas, el cual se cubre la cabeza con un gorrito de seda negro. Este pormenor del gorrito acusa un carácter inclinado a la franqueza, pues contrasta con el dolo pérfido e ingenuo a la vez, de los "bisoñés", que pretenden pasar por una cabellera auténtica y no engañan más que al portador. Para los efectos de la ilusión, los "bisoñés", como toda especie de pelucas son efectos al portador, absolutamente incendosables. No sé qué penetración maliciosa tienen los ojos de las gentes, que no hay un solo "bisoñé" que ande de incógnito por el mundo. Pero como el hombre es, al cabo, un animal de costumbres, el gorrito negro del caballero en cuestión, excita ligeramente la curiosidad.

—¿Quién es ese señor?—me han preguntado alguna vez.—Es—he contestado—un escritor de más merecimientos literarios que fortuna: don Luis Ruiz Contreras, el traductor de Anatole France. Los de su tiempo no le han olvidado, pero la generación actual le conoce menos.

Al decir que es el traductor de France, he querido dar a la respuesta un matiz de actualidad, pues las traducciones de France andan en todas las manos y, al mismo tiempo, señalar un aspecto característico de la labor de este literato. Ruiz Contreras ha sido el restaurador o uno de los restauradores de las traducciones literarias que van expulsando del mercado de libros a las abominables traducciones industriales, que vistieron de máscara a las obras célebres de las literaturas extranjeras, además de corromper el castellano.

* * *

Ruiz Contreras no se ha limitado en su carrera literaria a hacer traducciones. Como crítico de teatros y de libros mostró la finura y la sagacidad de su ingenio bajo los seudónimos de "El amigo Fritz" y "Palmerín de Oliva"; ensayó el teatro; colaboró con Pereda en sus conatos dramáticos. Sus "Memorias de un desmemoriado" le acreditan de polemista y narrador ameno de recuerdos anecdóticos de la vida literaria. Con otro seudónimo: el de "Luciano Salvador", se ejercitó como analista y confidente de inquietudes y problemas femeninos, siguiendo la senda de Bourget y Prevost. Ha escrito mucho y más de una vez le rozó con su ala la fama; pero acaso él, con su espíritu vario y mariposeador, desaprovechó la ocasión de asirla. Hace ya tiempo que, desengañado quizás de los usos y pragmáticas de la república de las letras, casi no publica más que traducciones.

Su labor en este orden de trabajos literarios es muy copiosa y esmerada. Ha traducido casi todos los libros de Anatole France, desde luego, todas las novelas. Sólo le faltan por traducir "Juana de Arco", las poesías y algunas obras menores, como "El genio latino". Tradujo también a Colette Willy; a Rachilde, la exquisita y extravagante. Inició las traducciones de Remy de Gourmont, de quien se echa de menos una traducción española completa. Vertió al castellano algo de Maupassant. Bien revela la elección de autores lo escogido de su gusto.

Las traducciones no andan ahora en buena opinión en el mundo literario. Han sido víctimas de la democratización del libro, de las competencias editoriales en las ediciones económicas. Hasta entrado el siglo XIX, escritores de nota solían emprender estos trabajos, poniendo en ellos no menor solicitud y cuidado que en sus producciones originales. Hubo traducciones verdaderamente clásicas, como la de la "Aminta", del Tasso, por Jáuregui, y la italiana de la "Ilíada", de Monti. El trabajo del traductor gozaba de los honores literarios. Mas, los folletines y los libros a peseta deshonraron el arte de la traducción. ¿Quién no se ha reído del galimatías y los despropósitos de algunas, de muchas novelas traducidas, que hubieran horrorizado al autor de la obra original? Todos los ganapanes de las letras se echaron a traducir, sin pararse en barras ni en conocimiento de los idiomas. Los jóvenes que llegaban a Madrid desde su provincia, a conquistar la gloria y entretanto el pan, se asían a las traducciones, que siendo artículo de mucha demanda, brindaban el pan, aunque escaso. El francés y el italiano, como idiomas fáciles en apariencia, eran su presa. Traduciendo trabajosamente, mitad por intuición y mitad a fuerza de diccionario, empezaron a aprender algo de francés más de cuatro. Mas, aunque tenga con la nuestra el parentesco de la común estirpe latina, la lengua de Molière, con su sintaxis compleja y delicada y su léxico matizado y abundante, no se entrega al primero que penetra en ella, armado de un diccionario. Supuesto un conocimiento equivalente, es más fácil traducir del inglés, bien que al inglés y al alemán les ha defendido algo de los traductores espontáneos el enigma de las hoscas raíces germánicas; que no se pueden traducir de oído, y son herméticas para el latino que no haya tenido trato asiduo con esos idiomas.



Luis Ruiz Contreras.

Un traductor tiene que ser un intérprete, porque las lenguas no ofrecen equivalencias directas y absolutas de expresión. Hasta en idiomas, como las modernas lenguas romances, que ofrecen grandes afinidades en el léxico y en la sintaxis, hay un fondo idiomático irreductible. Una traducción es siempre una aproximación, pero puede aproximarse tanto, según frase de Ruiz Contreras, como un polígono encerrado en una circunferencia a medida que se multiplican los lados. Para ello necesita el traductor un hondo conocimiento de los dos idiomas que maneja y una atención en extremo cuidadosa, de filólogo.

Y no basta el conocimiento de los idiomas para hacer buenas traducciones. Una traducción interlineal absolutamente exacta, pero sin espíritu, atenta sólo a la materialidad de los vocablos, no nos ofrecería un trasunto de la obra, sino una inerte glosa. El traductor tiene que identificarse con el pensamiento y la sensibilidad del autor a quien traduce, apropiarse sus particularidades idiomáticas y reproducir todo eso con el máximo de aproximación posible en la otra lengua. Así, el traductor "recrea" la obra con un nuevo material lingüístico, con un nuevo verbo, y su obra se asimila, si es lograda, a las réplicas de los cuadros de los grandes pintores hechas por discípulos distinguidos.

Para dar idea del esmero que ha puesto Ruiz Contreras en sus traducciones de France, oigamos lo que dice en el prólogo de "Pedro Nociere": "Acabo de imprimir "La azucena roja", muy corregida, mucho más corregida, porque las correcciones de una traducción tienden a lo infinito. Si le dijera que hice más de mil, acaso los lectores que ahora me juzgan con harta benevolencia se considerarían defraudados. ¿Más de mil correcciones para una tercera edición, después de hacer, por lo menos, otras tantas, al preparar a la segunda? ¡La primera debió de ser un cúmulo de disparates!"

No lo era, pero ese prurito de apurar la exactitud, de multiplicar los lados del polígono, según la feliz imagen que antes copiamos, revela una conciencia del estilo tan escrupulosa, como ya no se gasta ni para las producciones originales propias, en estos tiempos de periodismo y de atropellada literatura.

Relojes extraordinarios. — *No por su tamaño, sino por una propiedad, que podemos llamar moderna, serán verdaderamente extraordinarios unos relojes inventados por un inglés, mister Strutt, y que se están construyendo en Suiza. Con decir que tendrán cuerda ¡para dos mil años!, el adjetivo está justificado. ¿Cómo se consigue esta carga, al parecer inverosímil? Con una hojilla de oro que, en contacto con una pequeña cantidad de radio, se electriza indefinidamente en sucesivos movimientos de ida y vuelta. Por eso decimos que esta propiedad puede llamarse moderna, pues de hoy es el descubrimiento del radio, que permite hacer esa maravilla. ¡Un reloj con dos mil años de cuerda! Es decir, una preocupación menos para el hombre... Y una tristeza más... Porque al poseer la eternidad de un chisme que lleva en el bolsillo, lamentará, sin duda, no poder imitarlo.*

E L   A L U D

por Lola S. B. de BOURGUET



I

El convoy avanzaba entre las sierras como una alimaña perseguida que buscara guarecerse en su caverna. La locomotora bufaba al trepar la falda rocosa de la montaña, dejando a uno y otro lado de la vía el resonante deslizamiento de los cantos rodados que bajaban con estrépito de las laderas al paso del tren.

A lo lejos, la montaña se erguía coronada de luz. Los altos picos aparecían como enormes trozos de cristal opaco que contuvieran dentro un sol rutilante cuyas irisaciones pasmaban de sorpresa al viajero absorto en tan deslumbrante policromía.

En los coches estallaban las exclamaciones de admiración. Aquí las cimas centelleantes, rosadas como una aurora; allá el río impetuoso y bravo como remolinos de espumas rojas como cabelleras azotadas por el huracán; sobre el cielo azul las graves y negras siluetas de dos cóndores, en un vuelo sereno con el que parecían hendir el espacio sin mover las alas; recortada sobre el horizonte la masa enorme de los Andes, evocando la visión de un rebaño de animales antediluvianos, echados en montón y ofreciendo a la vista los lomos grises y pelados, convertidos en piedra por el conjuro mágico de un Dios... De vez en cuando el tono de aquellos dorsos gigantescos se tornaba rojo, como si la sangre de heridas milenarias coloreara aún la recia epidermis; de pronto un verde oscuro reemplazaba al rojo, y motas de arboleda raquítica o de cactus erguidos, se prendían a los lomos pétreos, remedando briznas recogidas por los monstruos dormidos, en jornadas pretéritas...

La imaginación corría a la par del tren... Corría más ligera aún y en los perfiles de las montañas descubría rasgos de cíclopes eternizados en actitudes misteriosas y esqueletos de animales informes y hacinamientos de ruinas apocalípticas... Sobre las crestas, las nubes formaban un velo de vapor blanco y rosado que al rasgarse de vez en cuando, dejaba ver el filete resplandeciente de un pico nevado o la hendidura negruzca de una quebrada sombría. En las cuestas abruptas se abrían profundas cavernas de cuyos antros podía esperarse ver surgir las figuras fantásticas de inverosímiles trogloditas... Ningún pájaro rayaba la inmensidad azul del espacio; muy altos, solamente los cóndores herían el aire con su vuelo sereno que les hacía parecer inmóviles.

El punto de destino era Puente del Inca para unos; Uspallata para otros; Cacheuta para los más... La joven pareja de desposados quería la paz del campo, la serenidad de las alturas, la poesía del paisaje; prefirió un rincón modesto y descendió en Potrerillos, más allá de las termas aristocráticas.

Durante quince días pasearon su amor al pie de las serranías majestuosas, de las montañas llenas de la nobleza imponente de lo inaccesible, bajo los sauces que bordean las cercanías del río sonoro que brama como un puma enjaulado... Las inmediaciones del hotel, el ancho camino que lleva a la estación, las accidentadas adyacencias donde las matas silvestres toman extrañas coloraciones a la luz del sol; los ranchos escasos escondidos tras los sauces y como medrosos de la violencia del río y de la imponencia de las montañas, todo, en fin, lo que les rodeaba, fué familiar a los desposados hasta llegar a la saciedad. Y hablaron de partir al centro lejano lleno de actividad donde encauzarían de nuevo su vida en las rutas prosaicas de los negocios y de la faena incansable...

II

El tren local pequeño y fuerte, bramador como el río y como los huracanes de las sierras, los tomó en la minúscula estación poblada de rostros amigos, una tarde bañada de sol y saturada de perfumes de las hierbas del campo.

Acababa de llover torrencialmente. Las cúspides pétreas habíanse envuelto en espesos cendales de agua y de granizo, y el rayo había herido muchas veces las frentes airadas levantadas a las nubes. De las cimas la lluvia bajó al valle en manto cerrado, y durante dos horas azotó los flancos de la montaña, desgranó torrentes de lodo y de piedras sobre las tierras inmediatas y repiqueteó con el granizo, en redobles furiosos, sobre el techo de hierro de la solitaria estación. Luego, una racha de viento serrano barrió la tormenta; el cielo se despejó, y lavada la atmósfera, a poco la tierra se abría como el cáliz de una flor a los efluvios húmedos de la brisa. La menta y el poleo sacudían sus hojas trémulas y henchidas de savia, llenando el aire de aromas de salud. Los viajeros llevaban rosas de los cactus recogidas en las faldas de las montañas, y piedras de colores que elegían sin trabajo entre los cantos rodados arrojados de las cumbres por la violencia de los torrentes...



En la vía, descarrilados y en medio de los alaridos de desesperación...

La campana de la estación dió sus toques reglamentarios. Hubo un tumulto de adioses rápidos, de apretones de manos, de abrazos y de recomendaciones postreras,—esa obligada retahila de todas las despedidas por cortas que hayan de ser las ausencias,—y el tren partió.

Una de las frases finales fué recogida por la esposa,—la joven señora rubia y pálida que se prendía nerviosamente del brazo de su compañero:

—¿Has oído? ¡Cuidado con los aludes!—ha dicho el empleado de la estación;—el internacional está detenido más allá de Uspallata y no sería extraño que la vía a Mendoza estuviera obstruida...

—¡Bah! En tal caso sería cuestión de horas, pues inmediatamente se trata de restablecer el tráfico; no temas.

—¿Y esas piedras colosales que la montaña parece tener suspendidas sobre la vía?...

—¡Ocurrencia peregrina fuera pensar en ellas!—exclamó el esposo que empezaba a sentirse un poco inquieto, pero que por nada del mundo quisiera demostrarlo.

La señora no contestó; pero inclinada sobre el hueco de la ventanilla observaba sin cesar las erizadas paredes de la montaña que bordeaban la vía.

La trepidación del tren provocaba rumores extraños en las cavernas y los cantos rodados resbalaban sonoros deteniéndose a la vera del convoy como una pedrea traidora de gnomos escondidos detrás de los peñascos.

Del otro lado de la vía, el río Blanco y el Mendoza mezclaban sus aguas revueltas en torbellinos amenazantes. Corrían muy abajo sobre un lecho de piedras, y las olas encrespadas lamían el pie de la montaña de enfrente, que de rato en rato precipitaban sobre ellos un montón de pedriscos envueltos en el agua sucia del torrente que bajaba de la cumbre.

Hubo un momento trágico... Un grito aterrador recorrió el tren. Los pasajeros de nervios más resistentes corrieron a las plataformas... Era una piedra enorme, un peñasco imponente que acababa de desprenderse con la rapidez y la fuerza de un proyectil fantástico, y atravesando la vía por delante de la locomotora fué a sepultarse en el río.

Al grito de agonía sucedió un silencio sepulcral. Muchos viajeros habían visto la espantosa mole arrojarse sobre el convoy, como disparada de una honda ciclópea, y durante un segundo se sintieron ahogados por la seguridad aplastante de una desgracia irremediable.

Cuando los corazones semi-paralizados recobraron su ritmo normal, las gentes se miraron las unas a las otras como sorprendidas de encontrarse vivas, y acaso tuvieron por un momento la sensación del renacimiento a la seguridad y al placer; pero de pronto acudió a las mentes, aun no bien aclaradas, la idea de que el viaje no había terminado y de que nuevos peligros acechaban el paso del tren en su deslizamiento de lombriz por la grieta abierta entre dos moles.

Los rostros pálidos, contraídos aún por el terror, se asomaron de nuevo a las ventanillas y los ojos avizores escudriñaron inquietos y febriles los lomos ásperos erizados de piedras, el río por medio, fríos e inconmovibles ante la angustia de los viajeros...

Los esposos habíanse refugiado en el último coche, y desde la plataforma, muy apretados uno contra otro, como si él quisiera sustraerla a todo peligro con el brazo férreo en que ponía su corazón y su voluntad, miraban inquietos el paisaje convertido en tétrica visión de agonía en este viaje de retorno que ellos se prometieron sereno y feliz.

Las montañas se sucedían amenazantes y sañudas... Pasaban las murallas, cuyas piedras de aristas salientes, encaramadas en montón unas sobre otras, como construcciones ruinosas de fantásticos castillos, temblaban al embate del viento y a la trepidación del convoy...

A mitad del camino a Cacheuta la catástrofe llegó, implacable y terrible... Con el fragor de cien huracanes desatados del Averno, bajó desde la cima un peñasco colosal que arrastró en su caída toneladas y toneladas de piedras y de tierra... Rodó la mole, tomó al pequeño tren-lombriz que se deslizaba audaz al borde del precipicio,—por su parte media,—y siguió rodando, rodando, en carrera vertiginosa, fantástica, infernal, hasta estrellarse contra la montaña de enfrente, atravesando el río y dibujando en él los restos informes del convoy...

En la vía, descarrilados y en medio de los alaridos de desesperación y de confusión inaudita que exhalaban los viajeros, los dos últimos coches desprendidos del tren por la impetuosidad del alud.

Los esposos, lívidos y horrorizados, se abrazaban convulsivamente arrojados sobre los asientos como masas inertes por la violencia del choque... Sus labios se movían imperceptiblemente como si murmurasen una plegaria al Dios del Amor y de la Vida que acababa de permitirles una milagrosa resurrección.

18 Marzo 1921

Año XVIII Núm. 597

NOTAS GRAFICAS

AL FINAL DE LA TEMPORADA



Los primeros fríos en la playa

Fot. Adami.

LA FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA



"La selva".
por Juan Antonio Garcialdy.



"Orillas del río Uruguay"
por Juan Calvet



"Un rincón de la rosaleda".
por Carlos Allievi.

MAR DEL PLATA. LA JAUJA DE LOS ARTISTAS

Un falso prejuicio había establecido hasta hace poco que Mar del Plata era un rincón reservado a los favorecidos por la fortuna; se hablaba así de un balneario "aristocrático" como de un baluarte inexpugnable, al que sólo tenían acceso determinados apellidos.

La realidad es, sin embargo, bien distinta. Basta asomarse breves minutos a la rambla monumental para apreciar la heterogénea multitud satisfecha que pasea. Junto a la tradición (si es que así puede llamarse a los primeros "nouveaux riches") lucen su figura los que recién acaban de enriquecerse; los pequeños burgueses, profesionales, médicos y abogados, el funcionario influyente, el jubilado, etc., tienen su sitio cómodo en el balneario y todos encuentran en su vida apacible el bienestar que anhelan.

Pero en Mar del Plata sobra el tiempo, y como son escasos los parajes de excursión, mucha gente no sabe a qué dedicar sus largas horas de tedio. El espectáculo del mar resulta al fin monótono; la concurrencia de la rambla concluye por convertirse en una misma cinta de cinematógrafo que el espectador no puede soportar una segunda vez; las niñas que bailan tango en un bar selecto y hasta los propios conquistadores que también abundan, son otros tantos elementos del opio que recibe el veraneante a largo plazo.

Todo esto han observado los pintores y con especialidad los que se dedican al retrato. ¿No hay nada que hacer en Mar del Plata? ¡Pues entonces es oportuno posar!

Y este año, más que en ningún otro, los artistas han llegado en bandada a Mar del Plata. En cada hueco disponible se ha inaugurado una exposición de retratos al óleo o al pastel. Muchas caras bonitas han servido para acreditar los prestigios de tal o cual pintor, y no han faltado feas que hayan querido proporcionarse un momento de ilusión, posando delante del artista que habría de trasladarla a la tela con todos los encantos de una belleza impresionante.

No han faltado tampoco este año los paisajistas, cuyas manchas van dedicadas a adornar los interiores de las residencias de la Loma. Sin embargo, ha podido comprobarse que, puestos a optar los clientes por un "Atardecer en Mar del Plata" y una "Puesta de sol en el Cáucaso", han de adquirir este último a pretexto de que el primero es menos "chic", por tratarse de un tema nacional... Y para mucha gente de la Loma, lo único nacional que aceptan son los terneros que nacen en la estancia y los pesos en que más tarde se convierten aquellos animalitos...

A pesar de este detalle, consignado, al pasar, lo evidente es que los artistas han solucionado el problema del veraneo. Ya no son, como los imagina la fantasía romántica, hombres de largas melenas y manos sucias. Un ligero vistazo a las fotografías llevará al lector el convencimiento de que a cualquiera de ellos es fácil confundir, por la elegancia de su indumentaria, con cualquiera de los "niños bien" que bailan muy mal el tango en los salones a la moda. Los artistas de hoy son cómodos burgueses que se bañan en el mar, viven en el Bristol y son dueños de lujosos autos... Mar del Plata, por virtud del "dolce far niente" de los veraneantes, se ha convertido para ellos en una impensada Jauja, y los artistas, como las hormigas, se han asegurado ya un invierno propicio.

Rolando DURANDAL.



Leonie Matthis. Richard Hall.



Ramón de Zubiaurre. Juan Peláez.



Rafael Sanchis Yago.



Mario Zavattaro.



Luis Bovi.



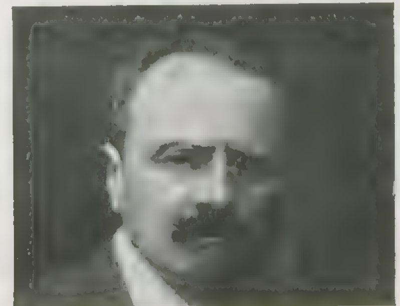
Joz Sigall.



Aaron Bilis.



Luis Graner.



Ferdinando Laroche.



Troiano Troiani



Jules Grün

LA ACTUALIDAD EXTRANJERA



Eleonora Duse, a pesar de haber anunciado su definitivo retiro de la escena, vuelve al teatro y forma compañía con Zacconi. En nuestra fotografía, una de las más recientes, está con la gran trágica italiana la actriz francesa Mme. Sorel.



Kerensky, a quien se indica como uno de los jefes del movimiento revolucionario que intenta derribar en Rusia el actual régimen de gobierno para volver al antiguo sistema. Se dice que una nación extranjera y los antiguos partidarios del zarismo ayudan eficazmente esta nueva intentona antisovietista.



El eminente tribuno y sociólogo italiano Enrique Ferri, antiguo conocido de nuestro público, ha sido herido, en las calles de Bolonia, por una turba de "chauvinistas" exaltados. Ni el ser Ferri una de las glorias de la intelectualidad italiana, ni su avanzada ancianidad han sido obstáculo para el atentado de los terroristas blancos de Italia.



Eduardo Dato, presidente del consejo de ministros de España, víctima de un atentado en la calle Serrano, de Madrid. Se dice que su inesperada muerte hará imposible el viaje de Alfonso XIII a Sud América, por el desconcierto que ha llevado a la política interna española.



La ex kaiserina Victoria Augusta, sobre cuya salud han llegado muy alarmantes noticias. En momentos de escribir estas líneas asegurábase que la ex emperatriz de Alemania tenía contadas sus horas.



El eminente demócrata americano, don Arturo Alessandri, presidente de Chile, que en breve visitará oficialmente a la República Argentina, hospedándose en esta capital en el palacio del caballero chileno don Matías Errázuriz.

NUESTRO GRAN MUNDO



Señorita Mercedes Pacheco Santamarina

Fot. Frans Van Riel.

INFORMACIONES VARIAS

Montevideo



Los nuevos consejeros de estado, después de prestar juramento.



Lunch en el Club Nacional celebrando la incorporación de un correligionario al Consejo de Estado.

Elortondo



Niños que, celebrando la fecha de la primera comunión, asistieron a la fiesta infantil organizada en su honor, en la estancia de la señora doña Dolores Anchorena de Elortondo.

Rosario



La concurrencia en el Baile Blanco, realizado en Arroyito con motivo de la inauguración del Club de Regatas.

Ateneo Literario y Artístico



Socios fundadores del Ateneo Literario y Artístico, cuya primera reunión se celebrará esta noche en el estudio del pintor Franco, B. de Irigoyen 147, a las 21, y a la cual pueden asistir todos los que simpaticen con la constitución de este nuevo centro de cultura.

Fots. Adami, Della Mattia, Martín y Louzán.

LA TEMPORADA LÍRICA

Algunas de las principales figuras de la compañía del Coliseo





El primer bailarín Leonidas Miassine.



Gino Marinuzzi, director de orquesta.



La soprano argentina Sara César.



Flora Perini, medio soprano.



El tenor Benjamín Gigli.



El maestro Franco Paolantonio.



Giacomo Rimini, barítono.



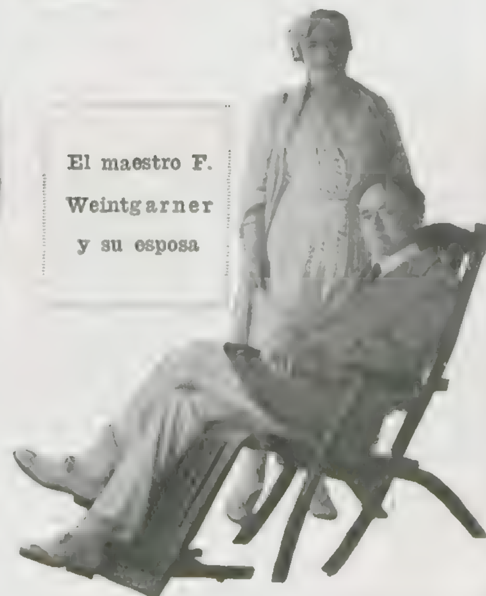
Rosa Raisa, soprano.



Gabriela Besanzoni, medio soprano.



La soprano Tomaki Miura.



El maestro F. Weintgarner y su esposa

DEL URUGUAY Y CHILE

Montevideo



Banquete al doctor Dardo Regules, con motivo de su nombramiento de miembro del Consejo de la Facultad de Derecho.



En el acto del homenaje a la educacionista señora Ana Chain de Piñeyro



La concurrencia al homenaje realizado en el Ateneo, en honor de la señora Ana Chain de Piñeyro

Chile



Concurrentes al banquete que el Presidente de la República ofreció en honor de don Agustín Edwards.



Durante la comida que se ofreció a los turistas norteamericanos, en el Hotel Savoy.







Señoritas veraneando en la playa del Recreo, en Valparaíso.

Fots. Adami y Araus.

NOTAS DEL EXTRANJERO



La visita de los soberanos belgas a los reyes de España.



Monseñor Dubois, arzobispo de París, con su séquito, en la primera gran recepción, celebrada en el Elíseo, después de 1914.



M. Clemenceau, en el palacio del Maharadjah de Kapurthala.



Lápida que cubre la sepultura existente bajo el Arco de Triunfo, en París.

Exposición ganadera de Durazno (R. O. del U.)

Concurrencia femenina



Srtas. de Piriz y Zabuco.





Srtas. de Nicolini y Leira



Srtas. de Spinola



Señoritas de Cataldo, Tabaresa, Urbieta, Caro, Olivera y señora de Shepped.

El presidente del consejo de administración y familia



Señoritas de Scaffo, De la Cruz y Daray Vera.



Señoras de Insasi, Brignoni y Paiva, y señoritas Brignoni e Insasi.



Señoritas de Becerro.





Comisión organizadora y asistentes al baile celebrado en favor del hospital.

Fots. Adami.

LAS ACTRICES BONITAS



Virginia Lee, artista inglesa de varietes.



Kathleen Martyn, actriz británica de revistas.





Mary Thurman, artista de cine.

Bessie de Litch, artista de la escena muda.





LAS ACTRICES BONITAS

E L C H I C F E M E N I N O


Una elegante toilette vista últimamente en Longchamps.


"Robe-manteau", bonito y útil.


Magnífica capa de piel, muy en boga.


Vestido de elegante silueta.


Toca adornada con plumas.


Dos modelos de trajes muy bellos.

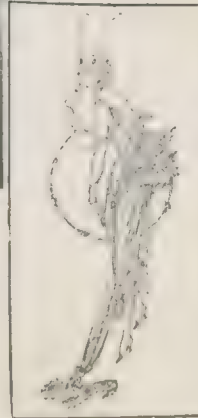

Por su forma original es este un tocado muy bonito.


Birrete con magníficas plumas.


Sombrero de terciopelo, muy favorecedor.


Modelo de sombrero de mucha aceptación.





L·E O N I D A S   A N D R E Y E V



por N. TASIN

Ningún escritor, en la moderna literatura rusa, ha suscitado tantas discusiones, tantas polémicas como Leonidas Andreyev. Cada nueva creación suya es como un enorme guijarro caído en un remanso. Las críticas, los análisis minuciosos surgen por doquier, unos muéstranse entusiasmados, otros enfurecidos; unos proclaman que le nueva obra es una perla, otros la califican de inmoral. Pero todo el mundo reconoce el gran talento de Andreyev.

Es un talento excepcional, profundo, penetrante y sobre todo original. Andreyev no imita a nadie. Desde sus comienzos trazóse un camino personalísimo y por él ha llegado a ocupar un puesto aparte en la literatura mundial. La originalidad es el rasgo más saliente de su talento; odia las descripciones manoseadas, las comparaciones triviales; posee su propio estilo, su propio modo de decir las cosas. La vieja manera clásica — aun la de Turgenev, aun la de Dostoyevsky con el cual, sin embargo, tiene tantos puntos de contacto— es completamente desechada por Andreyev. Con el poder audaz de su talento ha ido abriendo en los campos de la literatura surcos nuevos y profundos





Andreyev es un estilista de primer orden; su paleta, rebosante de colores atrevidos, ofrece a menudo una mezcla abigarrada de matices nuevos e inesperados que seduce y maravilla. Quédase el lector muchas veces pasmado, estupefacto ante la riqueza de su imaginación, de la que brota un raudal de palabras, de ideas, de metáforas que se empujan y atropellan en ímpetu generoso. Por lo que al estilo se refiere se puede muy bien decir que Andreyev es un revolucionario audaz; en esto es incomparable, inimitable. Son muchos los escritores rusos que se esfuerzan en imitarle; pero para escribir como él sería preciso poseer su inagotable imaginación, su riqueza de colorido, sus medios artísticos. Los grandes ingenios hállanse a cubierto de toda contrafigura por la naturaleza misma de su talento original.

Como todo autor genuinamente ruso, Andreyev tiene su mirada puesta en los "problemas malditos de la vida". Tampoco él se contenta con describir la realidad; esfuérzase más bien en ahondar los problemas de la vida, en escudriñar el sentido filosófico de la existencia humana. Casi en cada una de sus obras presenta un problema nuevo. Sin pretender resolverlo, obliga al lector a tomarlo en consideración, a poner en su observación lo más íntimo y profundo de su espíritu. Todo en sus obras es inquietud, desasosiego, perturbación.

Los problemas que expone son complejos y atrevidos, a veces del todo insospechados. Así, por ejemplo, en "Las tinieblas" una prostituta dirige a un joven revolucionario, puro e idealista, la siguiente pregunta: "¿qué derecho tienes tú a ser puro y honrado, cuando yo soy impura y miserable?" A primera vista esta pregunta parecerá al lector ridícula; pero luego irá vislumbrando y descubriendo la gravedad del problema. ¿Tienen, en efecto, los puros el derecho de guardar codiciosamente su pureza, de mostrarse por ella altivos y orgullosos, cuando existen en los bajos fondos sociales tantos seres que viven en el lodo y la miseria "humillados y ofendidos?" Y el lector—hablo al menos del lector ruso — quédase perplejo, empezando a sospechar que no todo en el mundo es tan sencillo como parece.

Innumerables y variadísimos son los problemas que Andreyev analiza en sus obras. La vida y la muerte, la inmortalidad y la caducidad del hombre, las virtudes, los crímenes; todo mana en abundoso raudal de su pluma evocadora. Con la linterna mágica de su talento desciende a lo más recóndito del alma humana, iluminando sus más sombríos repliegues, trastornando las más sacrosantas tradiciones, destruyendo todas las creencias. Parecido al héroe de su drama "Savva", quisiera arrancar a la tierra sus harapos, dejándola completamente desnuda, para vestirla luego con las mejores flores.

La mayor parte de sus obras más importantes, por ejemplo, "Sachka Gegu'ev", "Las tinieblas", "Judas Iscariote", "El gobernador", "Así fué", "Eleazar", "El abismo" y "El silencio", constituyen problemas filosóficos, morales y religiosos planteados de mano maestra en forma atrevidísima y atrayente. Lo propio puede decirse de sus obras teatrales como "Savva", "La vida del hombre", "Anfisa", "Anatema", "Catalina Ivanovna", concebidas todas con espíritu nada común y aun a veces extravagante.

Sería insensato, pues, recomendar Andreyev a los que buscan en la lectura una distracción,, un pasatiempo agradable; nada de esto hallarán en él. Sus imágenes son casi siempre trágicas, sus obras están como empapadas de bruma, cubiertas de tinieblas. Aunque en su paleta figuren los más ricos y variados colores emplea de preferencia los matices esfumados, los oscuros y los negros. Prefiere a la luz del día las sombras de la noche; a las anchas avenidas bañadas de sol, los recodos escondidos del camino, los senderos tortuosos, las cavernas y los abismos. Raramente se encuentran entre sus héroes a hombres felices, satisfechos, sino más bien a gentes desconsoladas, a seres con el alma destrozada. Como Dostoyevsky, no siente simpatía alguna por los espíritus normales, ponderados, razonables, prefiéreles los desviados, los seres de espíritu turbio, obsesionados por una idea fija cualquiera, locos muchas veces. Es un pintor de náufragos.

¡Qué bien los conoce! También él fué un náufrago. Hasta la edad de veinticinco años vivió en la más negra miseria, y mientras cursaba sus estudios universitarios, más de una vez sufrió hambre. Un día, cansado de luchar con la miseria, decidió matarse, disparándose un tiro en el pecho. Por fortuna, pudieron los médicos salvarle la vida, y ahora, a los cuarenta y ocho años, Andreyev vive en la opulencia, cubierto de gloria y gozando de un renombre universal. Sin embargo, su espíritu y sus tendencias nutriéronse en los años lejanos de su adolescencia, en la época de los dolores y de los infortunios, y Andreyev no es de los que olvidan. Esto es lo que explica el carácter triste, melancólico de sus obras y quién sabe si también la fuerza de penetración, toda la trágica profundidad de su talento. Los sufrimientos que aniquilan a los débiles, hacen a los fuertes más fuertes todavía.

Díptico del Evangelio

por Ismael E. DOZO

JESUS DE NAZARETH

Soñador de la Tierra de Canaan. Misionero
—en el nombre del Padre—de la cristiana fe;
sublime en la vía crucis, sublime en el madero,
¡Pastor de Galilea! ¡Jesús de Nazareth!

Narrador de Parábolas... ¡Redentor!... Peregrino
de este valle de lágrimas, en tu siembra de amor.
De las tristes vendimias, el sabor de tu vino
fué de acerbas y rancias acritudes, Señor...

Rasgó el gris y profundo silencio de Judea
aquel clamor supremo—¡Jesús de Galilea!—
del "¡lamma sabachtani!" de tu crucifixión;

clamor que se hizo emblema de la hiel que apuraste.
Y fué tan cruel el hombre que, aunque le perdonaste,
el hombre todavía duda de tu perdón...

STABAT MATER

Stella Maris, Rosa de Jericó, Azucena
congojosa en la noche celeste de Belén;
la más pura y más santa, la más triste y más buena.
Su dolor todavía llora en Jerusalén.

El dolor terebrante de su inmortal herida,
cuando en el jueves santo culminó la Pasión
de Aquel que fué en el áspero camino de su vida
todo amor y todo alma y todo corazón...

¡Stabat Mater!... Mística y atribulada rosa
que marchitaron todas las torturas ferales
sufridas por el fruto de su vientre: Jesús.

...Y lacerado el pecho de Virgen Dolorosa
por los siete dolores de los siete puñales,
¡besó todas las úlceras del mártir de la Cruz!...

Esta linda y noble nena lleva a cabo una acción buena



La nenita de Verdier
iba con su fox-terrier.



Al descender de un alcor
encontró a un viejo pastor,



que perdiera en un sendero
su más preciado cordero.



Busca la nena altruista
de aquel cordero la pista.



Y al trasponer una valla
en una zanja lo halla.



Acuerda al can ordenar
vaya al pastor a buscar.



El can, buen rastreador,
halla en seguida al pastor.



Este corre con afán
siguiendo a aquel noble can.



Y bendiciendo su suerte
salva a la res de la muerte.



Gracias al perro y la nena
que hicieron acción tan buena.

UN DUELO

por Esteban FERNANI ALEGRET

I

—Al grito de orden: ¡una, dos, tres! debe usted levantar la pistola a la altura de su cabeza y presionar el gatillo. Es natural: los disparos serán simultáneos y "el golpe de vista" certero y la Providencia juzgarán.

—¡Bien, muy bien!—exclamó don Torcuato Cepeda que con su amigo y entonces instructor el coronel Blanco platicaban seriamente en un saloncillo reservado del "Círculo de Armas" matritense.

—¡Animo, mucho ánimo, mi querido amigo, y firmeza, ¡ah! mucha firmeza! A propósito de este lance quiero que usted recuerde mis sonadas contiendas del Bois cuando yo era un arrojado tenientillo de muchos humos. En la "pimpante" capital del Sena, donde me instruía en la carrera militar por un "quíteme usted allá esas pajas", originaba un escándalo y concertaba un desafío. ¡Cavilaciones lóbregas!: ¡Ca! La víspera, alguna que otra juerga en el Moulin y fuentes de Champagne me comunicaban valor y por la madrugada ¡al campo! con una serenidad y espíritu jovial que favorecían el triunfo de mis fueros—decíale el coronel.—Y, ofreciéndole una copita rebosante de Jerez, continuó:—Eso, aparte, yo reconozco que su malestar es cosa muy natural. Usted no ha nacido ni ha tenido vocación para ser, no obstante su condición de civil, un hombre de armas tomar, y créame que esta negligencia le es ahora perniciosa. Usted ha sido, durante su ciclo de existencia anterior, a esta delicada situación, un hombre entregado en alma y cuerpo a los negocios, ¡los pícaros negocios!... Ya sé lo que usted piensa alegar en su defensa, pero nada será capaz de convencerme de que a usted no se le puede impugnar el imperdonable olvido de un punto muy importante en la vida de relación social de un caballero: el culto del honor. Es lógico que tuviera sus excesos aquella época de la historia humana en que "os hommes portaban tizona al cinto", pero eran tiempos y usanzas felices. Hoy día las obligaciones y trueques del siglo vuelven a nuestra pobre humanidad algo semejante a las máquinas que ha ideado, quedando muy olvidada la "cosa espiritual". ¿Me comprende usted?

—Claro está, mi estimado coronel—murmuró el interpelado, hundido con el abandono de una preocupación dominante en un mullido "great father".—De temperamento tímido y bondadoso, don Torcuato no podía sobrellevar con entereza la creciente e invencible sensación de secreto temor que convulsionaba su sistema nervioso harto afectado por las emociones que eran consecuencia natural de las alternativas financieras de que dependían su fortuna y su crédito.

—Pero ahora entra usted, a pesar de todo, en un período de reparación. Como al conjuro de la violenta escena de ayer—cuyo promotor, el mozalbete de marras, recibió con el bofetón que usted le propinó el justo castigo de sus ultrajes inconscientes—despertó su hidalguía. Es enérgica la prueba, pero tengo la evidencia de que usted saldrá airoso.

Alentado por el silencio de su interlocutor que suponía causa de las reflexiones que su disgreción motivaba, el coronel se animaba y, movido por su simpatía, procuraba llevarle el sosiego del optimismo.

Muy lejos de atender la cháchara de su instructor, don Torcuato era la presa de una febril crisis anímica. En fugaz introspección, desfilaban por su memoria las escenas que le arrastraron a un desenlace tan fatal y tan próximo: el duelo, la bárbara ordalía. Y, sin embargo, aquello era para el mundo el único recurso para conservar sin mácula su honorable reputación que arrastraba por el cieno de la murmuración, en su ciego despecho, el escarnio satírico que propalara en una de las muchas camarillas de holgazanes burlones un cuasi barbilampiño universitario, epicúreo y de viciosas pretenciones. Dicho truhán, de buena familia, abusando de las muestras de simpatía que le tributaba don Torcuato, pretendió, en un rapto de libidine, entronizarse en el corazón de la honesta esposa de su confiado amigo... Mas, el pobrecillo, encontró a la fortaleza inexpugnable, es decir, a un espíritu recto, amante cultor de los principios domésticos y un sonoro cachete al más ligero amago de atrevimiento, seguido de un "patitas en la calle" enérgico y nada lisonjero. Quedaron truncas las relaciones, pero como el escarmiento privado no es nunca suficiente a los espíritus perversos al despecho, sucedió la difamación, y como consecuencia, al generoso olvido de don Torcuato la ira y el arrebatador deseo de un desagravio ejemplar.

Castigada la insolencia, ésta se amparó para la venganza en la extraña costumbre del duelo. El epílogo debía resumirse en un campo, alejado de la vista paternal policíaca, dos pistolas y dos balas, y el honor quedaría salvado... aunque perdida alguna vida en la huesa.



Inevitable el lance, don Torcuato no fiaba de sus fuerzas; se aferraba como los contemporáneos de Childerico y Clodoveo, en la creencia de la intervención de un poder divino supremo—la Providencia—que habría de dirimir en la balanza de la justicia la legitimidad de los motivos que una suerte de armas confirmaría. Aun supuesto este factor, su espíritu se atribulaba; le horrorizaba la idea de matar, la necesidad que imponían las convenciones sociales de verter sangre y lavar con un delito mayor la ofensa menor. Así, abstraído la calurosa charla del coronel, no impresionaba su conciencia y sus palabras llegaban a sus oídos sueves como el cierre de un abanico o rimbombantes como las notas de un gongo japonés.

II

A la dulce paz del hogar sucedió la angustia de un próximo desastre. La garra del temor se había clavado muy hondo en el tierno corazoncito de Natalina, su esposa, y le hacía entrever los dolorosos cuadros de su adorado hogar aniquilado.

Mientras los pequeñuelos, alejados de las cosas graves, reían y jugaban con el bullicio de siempre, la madre ocultaba sus lágrimas o desfogaba, escondida con ellas, su cruel excitación de alma.

La cena de la víspera transcurrió silenciosa con la congoja retratada en sus rostros, cuyos ojos esquivaban el desmayo de la mirada.

—¡Tú, no harás eso por mí, por tus hijos!... —le suplicó ella con el anhelo de una retractación salvadora.—El procuró esbozar una sonrisa:

—¿Por qué temes? ¿Me supones tan torpe?

—¡Oh! No te burles de mi ruego; sofoca el grito airado que clama venganza y pone en inminente peligro tu vida; no te dejes esclavizar por las leyes aciagas del mundo; olvida...

Sus palabras le martirizaban aun más que sus dolorosas cavilaciones, pero fluctuando entre la natural indignación, el amor propio de su hombría, y la ley social que no podía esquivar le alteraban.

—¡El mundo lo exige, Natalina, y, además, yo lo quiero!—exclamó con el acento enérgico de una irrevocable decisión.

Ella le miró con estupor. Aquellas palabras la enloquecieron, precipitaron la eclosión de la crisis que clavaba la zarpa en su espíritu cariñoso y tímido. Tembló su cuerpo como la hoja que azota la borrasca y vencida por la emoción cayó desfalleciente en sus brazos. Era el summum de sufrimiento que podía tolerar, y don Torcuato, bañados de lágrimas sus ojos, estrechó su cabecita contra su pecho, probó y besó dulcemente sus sedosas guedejas.

III

Con la reserva y misterio de carbonarios, convergieron al lugar determinados rivales, testigos y facultativos imprescindibles.

El lugar, era un prado encerrado entre añosos y copudos árboles donde elevaban al cielo su himno de gracias el martilleo de grillos y cigarras que se unía al sabroso trinar de las avecillas silvestres. Brillaba soberano el sol en la bóveda azulina, reverberando sus rayos blanquísimos en el césped y el follaje lozanos constelados de gotas de rocío. La brisa matinal, llevando los rústicos aromas del bosque, entonaba su eterna armonía.

Con aquella alegría de vida y esplendor de Natura contrastaban los rostros fúnebres y pálidos de los congregados. Lentos y severos, luego del saludo, efectuaron la mesura del espacio reglamentario, la prueba y riguroso examen de armas y proyectiles, la situación de los rivales y entrega del arma respectiva.

Aunque acosado por ideas lúgubres, el enemigo de don Torcuato, suponiéndose el héroe de las crónicas gacetilleras, no se condolía de ser el motivo de la tragedia; pero en su adversario —cuya faz demacrada y envejecida por la tortura de una noche de insomnio revelaba espasmo—se desarrollaban las etapas angustiosas de la convulsión psíquica.

Al íntimo temor de antaño, siguió la seguridad de la muerte; el cuadro luctuoso de su hogar destruído; de su esposa desesperada; de sus hijos huérfanos... tesoro y seres que idolatraba... y el corazón enfermo se debatía en estertores de agonía.

—¿Caballeros? ¡Atención!—exclamó secamente el juez.

A su influjo pareció retraerse el corazón de don Torcuato; fueron más lentos, casi nulos, sus latidos; una extraña sensación de asfixia le angustió, tetanizó sus músculos como si fuera esclavo de un monstruo invisible.

—¡Valor, mi buen Torcuato, valor!—susurró casi a sus oídos con voz cálida y fervorosa el coronel.—Estrechóle afectuosamente la diestra y se separó de la línea de fuego.

—¡Una... dos... tres!

Tres palabras que pusieron en conexión misteriosa fuerzas eléctricas que movieron a los hombres como si fuesen autómatas y el disparo dual repercutió sonoro.

Aun no disipado el humo, don Torcuato vaciló y cayó de bruces "como corpo morto cade". A su caída, siguió la carrera en su dirección de los circunstantes—excepto del rival que había quedado en su lugar como atacado de repentina parálisis. Se libró de vestiduras al pecho, se buscó la sangre reveladora, la herida, con ansias, con angustia febrilmente... ¡no apareció ni el vestigio de un rasguño! Las balas se habían perdido, y, sin embargo, el hombre ¡había muerto!

UNA EXPEDICIÓN ÁRTICA

Damos a conocer aquí los resultados de la última expedición ártica efectuada, organizada y llevada a cabo por algunos miembros del Museo Natural, de Nueva York.

Nos proponemos registrar en esta página uno de los acontecimientos geográficos más grandes de nuestros días: la expedición ártica organizada por el Museo Natural, de Nueva York, que ha regresado aun no hace mucho, después de cua-



Un esquimal recogiendo las cartas depositadas en las regiones árticas por la expedición Nares, en 1875. Son, sin duda alguna, las cartas que más han tardado en llegar a su destino.



Cortando la carne cruda al nivel de la boca. Una prueba de la buena educación esquimal.

tro años y medio de permanencia en las regiones polares. El objeto de la expedición era explorar una tierra que el famoso Robert Peary creyó ver de lejos, al noroeste de la Tierra de Grant, y que este ilustre explorador bautizó con el nombre de Tierra de Crocker.



Mujeres esquimales masticando pieles de foca para hacer guantes y botas.

El resultado de la expedición, por lo que a este punto se refiere, ha sido negativo. Peary fué sin duda engañado por el espejismo, y la Tierra de Crocker no es más que un mito, como pudieron comprobar los expedicionarios atravesando un extenso banco de hielo hasta más allá del punto donde el descubridor del Polo Norte situaba su isla misteriosa.

Pero los viajeros no han perdido sus cuatro años de estancia en las regiones boreales, pues han explorado detenidamente la Tierra de Finlay, la de Ellesmore y el Cornualles del Norte, y han obtenido numerosos documentos etnográficos y zoológicos de gran valor.

El jefe de esta expedición, Mr. Donald B. Mac Millan, es un explorador veterano, que acompañó a Peary en el viaje en que se descubrió el Polo, y después, en los años 1913 a 1917, organizó por sí mismo una expedición que hizo muy notables descubrimientos, entre ellos uno verdaderamente curioso, el de las cartas que en 1875, cuando la expedición Nares, dejó en el Cabo Isabel el capitán de la ''Pandora''.

Gasolina perfumada.—*¿Será verdad tanta belleza? ¿Será posible que dentro de poco los automóviles vayan perfumando las calles?*

En Hyderabad, India, se pueden obtener 1.125.000 litros de combustible para autos, destilando las flores del mowra.

Estas flores son muy ricas en azúcar, y una tonelada de flores secas producen más de 400 l[illegible] ritu, de un aroma agradabilísim[illegible]

PARA HACER PELÍCULAS



Campamento de la expedición Vandenbergh-Paramount, en Marchakos.

Tipo de mujer mubira, con el labio agujereado por un disco de madera.

Para hacer películas interesantes, los norteamericanos, particularmente, son capaces de las mayores heroicidades y de llevar a cabo las empresas más arriesgadas, como se demuestra en este artículo.

Industrialmente no hay gente más atrevida ni osada que las que intervienen en la edición de películas.

Artistas, directores, cuantos toman parte en la ejecución de cintas cinematográficas, realizan a menudo peligrosas escenas para obtener un efecto de realidad indiscutible que proporcione al público un momento de emoción intensa.

Pero sobre todo, los fotógrafos o tomavistas, que llaman en el "argot" cinematográfico, sienten tal entusiasmo, casi pudiéramos decir tal fanatismo por su profesión, que para obtener un documento fehaciente de un hecho trascendental en la historia política o social de los pueblos; una asombrosa página instructiva de la vida de relación entre fieras y hombres incivilizados; unas simples "actualidades", arrostran audazmente todas las penalidades imaginables y no vacilan en exponer la vida luchando estoicamente, ya contra los elementos furiosamente desencadenados, ya contra las trabas que otros hombres—celosos guardadores del secreto—oponen a su indiscreta labor de reporteros de la cámara, ya contra las fieras y tribus habitantes de bosques y regiones inexploradas y vírgenes en absoluto de toda huella de hombre civilizado, que se ven desagradablemente sorprendidas en su vida, felizmente primitiva, por la presencia del "hombre extraño", que viste y habla de una forma tan distinta y les infunde desconfianza con su trípode y su máquina y sus raras ofertas y pretensiones.



A muchísimos de estos anónimos héroes de la pantalla—cuyas asombrosas hazañas rara vez llegan a conocimiento del público—ha costado la existencia alguna arriesgada empresa. Los que quedaron y los que ingresaron después en las filas de estos bravos servidores del arte mudo, no se amilanaron por ninguno de estos incidentes desgraciados, y prosiguieron planeando y llevando a cabo sus audacias.

A los Estados Unidos acaba de regresar de Africa, con la colección más valiosa de fotografías que se conoce, la expedición Vandenbergh-Paramount. Esta interesante misión científico-fotográfica, costeada por Paramount y apadrinada por el museo de historia natural americano, iba dirigida por el reverendo doctor Vandenbergh, misionero católico, muy conocido en todo el mundo por sus notables escritos sobre temas etnológicos y antropológicos, y gran conocedor de todo el territorio africano, por sus largos años de residencia allí, en cumplimiento de su sagrado ministerio, Jorge Burbank Shattuck, catedrático de geología, de Vassar, y Nesbitt, fotógrafos — el segundo ayudante, — formaban con Vandenbergh el valiente grupito que se lanzaba a la conquista de cosas y emociones nuevas; de algo que fuese desconocido en absoluto.



Los expedicionarios, acompañados del cónsul americano Mr. Els, su esposa y otras personalidades, rodeando el cadáver del hermoso león que les atacó fieramente.

Y a fe que han tenido éxito. El tesoro fotográfico que traen, compuesto de unos veinte mil metros de película impresionada, comprende curiosas fotografías de gentes que jamás habían sido retratadas, y aquí ofrecemos al lector unas cuantas, elegidas al azar, presentando tipos de distintas tribus de las colonias británicas del Oeste de Africa.

Al lado del arrogante guerrero "masai", que habita las orillas del Lago Alberto Nyanza, está el insignificante y tímido pigmeo "mambuti", que puebla las más inaccesibles regiones del interior, obligado a refugiarse allí por los ataques de las soberbias tribus vecinas, que lo desprecian por su pequeña estatura.

El "mambuti" es un curioso tipo liliputiense, que tiene unos cuatro pies de estatura y ha desplegado una especie de civilización primitiva, que contrasta notablemente con las tendencias de las tribus salvajes que le rodean. Un mes pasaron los expedicionarios en el país de estos menudos africanos, conviviendo íntimamente con ellos e imprimiendo en la cinta cinematográfica interesantes cuadros, llenos de color y vida, de sus costumbres extrañas y peculiares. En su marcha a través de las peligrosas selvas africanas, los expedicionarios fueron atacados repetidas veces por las fieras y por los indígenas. Y a no haber sido por la bravura de su aguerrida escolta "masai", que no los abandonó un momento durante su larga estancia en aquellas regiones, los tres "hombres blancos" no lo hubieran pasado muy bien. Una de las películas más notables que traen, es la que presenta el ataque de un hermoso león, que se precipitó sobre el grupo de exploradores, y no fué muerto por los lanceros nativos hasta el momento de hallarse a muy pocos pasos del fotógrafo y geólogo Shattuck, que fríamente manipulaba en su cámara, para recoger en absoluto todos los detalles de la fiera acometida del arrogante rey de las selvas.

Es tal el interés que el resultado de esta expedición ha despertado en los círculos científicos y sociales, que hasta el Papa ha autorizado una exhibición de esta colección de películas, terminada, en el Vaticano.

FRANCISCO GOYA

Acerca de parte de la obra de este genio de la pintura hispánica, dícense aquí algunas interesantes cosas que no debe desaprovechar el lector.

Sabido es que en la terminología artística se llama *cartón* al modelo hecho por un pintor sobre papel fuerte o cartón para que sea ejecutado al fresco, en tapicería, mosaicos o vidrieras. No hay que decir el precio en que se tienen estos cartones de los grandes artistas, muchos de los cuales son muy superiores a las obras a que sirvieron de modelo.

El cartón de Rafael para el fresco de *La escuela de Atenas* se conserva en la Biblioteca Ambrosiana de Milán, y siete de los que dibujó para los famosos tapices (arazzi) del Vaticano, se ven en el palacio de Hampton-Court, de Inglaterra, y en el Museo del Louvre, de París, existen cuatro grandes cartones pintados *a la gouache* por Julio Romano para ser reproducidos en tapicería en Bruselas.

En las ricas colecciones de tapices que decoran los palacios de los reyes de España figuran preciosos ejemplares hechos sobre cartones, de Goya.

La fábrica de tapices de Santa Bárbara, de Madrid, que sucedió a la antigua de Santa Isabel, donde inspiró el gran Velázquez su famoso cuadro de *Las hilanderas* y fué fundada por Felipe V, estaba dirigida, a fines del siglo XVIII, por Mengs, habiéndose encomendado después la aceptación y tasación de los cartones a los pintores Bayen y Maella. Pintaron cartones para esta fábrica distinguidos artistas en un principio, pero luego decayeron bastante los modelos, hasta que en 1776 empezó Goya a pintarlos, dando a la fábrica gran brillantez con sus originales y artísticas composiciones.

Pero aquellas obras tan estimables, al ser devueltas a palacio por el director de la fábrica, según iban siendo terminados los tapices respectivos, pasaban al *oficio de tapicería*, y allí permanecieron arrollados y en completo olvido durante muchos años. Cuando ocurrió la revolución de 1868, el nuevo gobierno dispuso que aquellos modelos se enviasen a una comisión, a la que se había encomendado la instalación de un *Museo de tapices* en El Escorial. Dicha comisión se cuidó entonces de que se pusieran en bastidores y de que fueran restaurados, y cuando se dió al Museo del Prado, de Madrid, el carácter de establecimiento nacional, se enviaron a él para su conservación. Esta rica colección, hoy instalada en dicho museo, se compone de 46 ejemplares que en su mayor parte representan tipos y costumbres del pueblo.

En este género de pintura sobresalió principalmente el genio de Goya.

De él dice un ilustre crítico que acertó a pintar las escenas de la vida real que pasaron por sus ojos al disolverse la antigua nacionalidad española en el reinado de Carlos IV, con una espontaneidad, una ironía y una viveza de expresión nunca sobrepujados por otros pintores, y le compara en naturalismo, a Velázquez; en lo fantástico, a Hogarth; en la energía, a Rembrandt; en espontaneidad y escepticismo, a Callot, y en delicadeza, a veces, como Tiziano y Veronés, y aun como Wateau y Lancret.

Se ha hecho notar que su genio de colorista no necesitó recurrir a la paleta exuberante de un Giorgione o un Rubens, pues acertaba a producir la magia del color sin emplear apenas más tintas que el blanco, el amarillo, el rojo y el negro, como puede apreciarse en su lienzo de *La maja echada*, donde, fuera del carmín de la faja y del verde del sofá, que pueden suprimirse sin que el efecto varíe toda la riqueza del color, resulta más que de la variedad de las tintas, de la de los *tonos* y de la acertada elección del diapasón en que el artista los modela. "Goya, ha dicho Madrazo, tenía esto de común con Velázquez, que con sólo el albayalde, el negro de humo, el ocre y el bermellón o la tierra roja, sabía derramar la vida a raudales y alcanzar el más brillante efecto. Ya lo dijo Topffer: las substancias minerales o vegetales que llamamos *colores*, son un elemento muy secundario para el *colorista*."

Quizá pudo contribuir en gran parte a la sobriedad de la paleta de Goya su oposición al abuso de los *colorines* que hacían sus contemporáneos, porque, como dice don Carlos Luis de Rivera en un estudio sobre el retrato de la *Tirana*, "acaso si Goya hubiera nacido en época más floreciente del arte, no hubiera sido tan original, porque entonces se hubiera formado con ESCUELA, mientras que en sus días tuvo que mantener continua lucha con lo existente".



La merienda a orillas del Manzanares.



ESPERANDO

(Soliloquios sentimentales)

por Emilio POBLET (hijo)

Muere la tarde tibia y luminosa; olores de acacia y eucaliptos aroman el aire otoñal y una dulce armonía de paz y calma llena el ambiente de la calle suburbana por donde paseo mis inquietudes y mis recuerdos.

De vez en cuando hacen irrupción en el silencio, alegres voces infantiles que escapan de los cuidados jardines de bellas casas que bordean esta calle de ensueño y tras sus floridas rejas veo ir y venir, en bullicioso tropel, doradas y enmarañadas cabecitas que juegan a la felicidad...



También, de otras casas, más humildes, que están como azarosamente colocadas al lado de suntuosas villas y deliciosos chalets, son silenciosamente interrumpidos los pensamientos del caminante, por la mirada escrutadora que nos dirige la inquietante curiosidad de una juventud femenina.

Esta mirada, que fué ardientemente expresiva o blandamente acariciadora, según el color pupilar de la entrometida, ha sostenido con nuestros azorados ojos, un breve diálogo; en este diálogo sentimos como el preludio de una amorosa confidencia, sincera y mutuamente correspondida, porque la nostalgia de nuestros ensueños y la melancólica tristeza de la hora vespertina se han conjurado en grata complicidad para dar vida a la quimérica idea de un amor ideal.

Hemos seguido nuestro camino, sin volver la vista atrás, como temerosos de romper con nuestra indiscreción el encanto de la frágil sugestión, y porque aun sentimos, sobre nosotros, la mirada de ella, que voluptuosamente cariñosa, nos despide hasta la próxima vez, que volvamos a vernos.

Después, ella, olvidará en un suspiro el fugaz idilio y volverá a su muda inquietud, para posar nuevamente el venturoso misterio de su mirada, sobre la juvenil figura de un nuevo caminante.

Nosotros, guardamos, de esta ignorada novia, el grato recuerdo de una ilusión verdadera y aunque no sabemos de ella, más que por la serena quietud de su silueta esfumándose en la penumbra de un atardecer de otoño; la mágica influencia de sus ojos brujos ha dejado en el reino de nuestra fantasía el recuerdo nostálgico de aquel amor que sólo vivió en los ojos...

Paseando otros días, por otras calles, he vivido muchos de estos amores imaginarios y con la ayuda de alguien que entiende de estas sutilezas, he querido descifrar el enigma que encierra la historia romántica de cada una de esas niñas soñadoras, que todas las tardecitas, en la semiobscuridad de un zaguán o sobre la balaustrada de un balcón, muy coquetamente arregladitas, viven la hora ideal de su vida cotidiana, en espera de un algo, muy deseado y muy presentido; como si el rosado tinte de la realidad sólo pudiera cristalizarse en el momento indeciso de una puesta de sol.

Las que ya derrocharon su poder emocional en el trayecto de un amor que pasó dejando tras sí, la estela luminosa de una dulce promesa, esperan en el anhelante vivir de sus esperanzas, que una tarde cualquiera, retorne, en barca de oro con vela de nácar, la gallarda figura de aquel ingrato, que no quiso detenerse a gustar la felicidad que le ofrendaba su corazón ingenuo... pero ahora volverá arrepentido; ellas lo presienten y ellas lo esperan, con la sonrisa en los labios y los ojos húmedos...

Otras que quemaron sus límpidas alas en el fuego de una pasión temprana, esperan, en la tristeza infinita, que asoma por unos ojos melancólicamente hundidos en el amoratado cerco de unas ojeras profundas, que aquel que las abandonó vuelva con la felicidad de los días pasados y sueñan que aún podrían ser eternamente felices, porque presienten la brevedad de sus días; ya que estas mártires del amor, como el sol, todas las tardes, se mueren un poquito...



Esas cuyos ojos brillan de un modo extraño, como provocando una pasión, esas, que entretienen la inquietud de un deseo incontenido en nerviosidades incomprendidas, esas que acarician y besan con la mirada, mientras sus manos destrozan en cruel febrilidad las aterciopeladas hojas de una rosa muy roja... esas, esperan ansiosa y temblorosamente la boca jugosa donde han de posarse sus labios insaciables...

Aquellas que sueñan, con los ojos extasiados de misterio, en la pálida estrella donde pusieron la albura de sus amores místicos, aquellas que arden en la lectura de Santa Teresa y mueren en los dolores de San Francisco... aquellas, esperan que un rayo del sol poniente les ilumine el camino de la santidad o les traiga la corona del sacrificio...

Estas que nunca amaron porque, en la inalterable serenidad de su corazón frívolo, nacieron exóticas plantas que sólo dieron las flores grises de un vulgar positivismo, exento de emoción y de cariño, esas de espíritu calculista y de estudiadas coqueterías; esas esperan la mano dorada que ha de conducirlas por el camino de su ambición...

Las más jovencitas, esas que se sienten heroínas de dramas pasionales y comedias sentimentales, esas bellas consumidoras de la literatura romántica, que se han leído con el corazón, desde el bello poema shakespeariano hasta la popular novela de Isaac y que entre las páginas del libro preferido guardan furtivamente la simpática silueta del último héroe cinematográfico. Esas que son las que más esperan porque son las que más sueñan, esas que sin ser poetas, porque ellas son poesía, han construído en su calenturienta imaginación, alocados y bellos poemas, que nunca llegarán a escribirse; esas confían y esperan en la engañadora verisimilitud de sus sueños imposibles...

Y las aun muy niñas, que todavía adornan sus hombros con los rizos de sus cabellos, que recién abandonaron la muñeca rubia donde depositaron sus precoces amores maternales y que se piensan princesitas encantadas en poder de austeros castellanos, en cuya comparación queda muy mal parada la autoridad paternal, esperan la libertad que ha de traerles el quimérico príncipe oriental que les hizo desvelarse, la última noche que leyeron el último cuento de hadas...

Y así en interminable e interesante disección espiritual podríamos ir asomando nuestra disculpable curiosidad de poetas al misterio de estas almas en flor y sentimos no poder vivir en el rosado reino de la ilusión y tener en nuestro poder la varita mágica del hada que todo lo puede, para ir convirtiendo en bellas realidades la quimera de tantos ensueños... mas ¡ay! que hasta nosotros llegan tristes presentimientos, ¡y es que hemos pensado en la cruel verdad de la vida!... y es que hemos visto silenciosa y amargamente humedecidas las pupilas de muchas de estas virgencitas que pasaron por la vida esperando...

Ilust. de Rodrigo.

Vieja herida

por Arturo L. ALBERT

Me deslumbraron sus ojos
y me encantó su palabra:
Me cegó el sol y me heriste,
Puñalito de Esperanza!

Y cómo me habrás herido,
con qué fuerza, con qué saña,
que a pesar del mucho tiempo
no cierra tu puñalada.

Y en tanto, sin comprenderme,
"Ella" me mira y me habla,
mientras sigue su proceso
en mi corazón el drama.

¡Y debo morir callando,
Puñalito de Esperanza!

DEPORTES POCO CONOCIDOS

Muchos pueblos salvajes suelen tener deportes interesantes que a nosotros nos son tan poco conocidos como éste de los habitantes de Ceilán, de que nos ocupamos aquí.

El deporte de cazar elefantes vivos en Ceilán es tan sublime, que se reserva para los príncipes solamente, a no ser que por necesidad se imponga dar una batida, lo que sucede cuando el número de esos paquidermos crece demasiado y por falta de alimento para todos en los bosques amenazan la parte de tierra cultivada.

No se crea que los elefantes avanzan rápidamente y que en una horas recorren la distancia que media desde el punto en donde han sido sorprendidos hasta la empalizada. Pasan días enteros hasta que se deciden a emprender la marcha y aún entonces no avanzan más de kilómetro y medio, poco más o menos, al día.



Biligama y su magnífico ejemplar de elefante domado.

La empalizada cubre una gran extensión de terreno; está hecha de gruesos y fuertes maderos sólidamente clavados en tierra y formando una muralla de unos tres metros de alto. Los maderos están separados entre sí por un espacio de unos 90 centímetros y al mismo tiempo unidos unos a los otros por travesaños fuertes y sólidos.

El corral así hecho tiene entrada por uno solo de sus lados y está cubierto de ramaje de manera que parece el túnel de un frondoso bosque.

De trecho en trecho hay sobre las estacas pequeñas garitas para desde ellas poder observar a los elefantes una vez que han entrado en el corral. Los elefantes salvajes son, por fin, empujados hacia la empalizada hasta que se les hace entrar en ella. Furiosos patean y rompen cuantas ramas están a su alcance.

Para dar una de estas batidas, el agente del gobierno inglés cita a todos los jefes o Rata Mahatmayas de la provincia para que acudan a una reunión, y estos jefes, después de haber deliberado, se lo comunican a los jefes menores, quienes a su vez reclutan voluntarios que ayudan en la empresa. Los campesinos de las aldeas que han sufrido en sus terrenos los destrozos de los elefantes, acuden gustosos por cientos, y otros, aunque no tengan nada que vengar, acuden por la diversión.



Reunión de campesinos antes de la batida.

Esta gente no recibe sueldo alguno ni los alimentan mientras dura la cacería, antes, por el contrario, pasan mil trabajos y corren mil peligros.

Los campesinos hacen de ojeadores y van en busca de las piaras de elefantes a los que con gritos ahuyentan y van empujando hacia el cercado en donde quedan hechos prisioneros. Forman los batidores un semicírculo que van estrechando hasta formar una U, línea que tiene varios kilómetros de extensión en cuyo interior encierran a los animales que con la gritería, el tiroteo, los golpes de tambora, las luces de las antorchas y los petardos huyen despavoridos.

Los animales así cercados durante varios días tratan de buscar una salida, pero el ensordecedor ruido, las bengalas y las antorchas les amedrentan. Durante el día permanecen tranquilos y no se les acosa y por la noche es cuando los animales, creyendo que es hora oportuna para la evasión, tratan de huir hasta que se convencen de que no pueden franquear la línea de cazadores, y entonces deciden avanzar por el único lado que queda libre, en dirección a una empalizada que se tiene preparada y cuya entrada coincide con la abertura de la U.

Entonces los elefantes ya domesticados se ponen en contacto con ellos y muchas veces son atacados por los salvajes, ataque que termina matando de un tiro al elefante prisionero, lo que generalmente sirve de ejemplo para los demás.

Una vez calmados se llevan a los jardines de los grandes jefes en donde con correas o fuertes sogas se les ata a los árboles, y entonces se les trata con gran cariño dándoles abundante alimento.

Tránsito (en hebreo "pesaj"), es el significado del vocablo Pascua. Era el "pesaj" la fiesta más solemne de los hebreos. Es ésta la primera de las tres grandes fiestas anuales, y se celebra por los judíos en el plenilunio del primer mes del año (Lunar), denominado "atib" y más tarde "n.-zam", correspondiente a fin de marzo y principios de abril del calendario gregoriano.

DE NUESTRA COSECHA Y LA AJENA

PELIGROS DE LA FICCIÓN El peligro de toda ficción no está tanto en fingir cuanto que a la larga se toma la ficción por realidad permanente. Conocí yo a un hombre, extraño en sus aptitudes y habilidades, que comenzó por imitar el rugido del león, y llegó a extremos de tanta pericia, que rugía mejor que los propios leones. Se entenderá esto último cuando añada que, hallándose este hombre extraño en la casa de fieras del Retiro (Zoo de Madrid), el león tuvo la osadía de rugir a su modo, a lo cual el hombre se encaró muy irritado con el león, y le increpó con estas palabras: "¡Muy mal! ¡Muy mal! No se ruge así. Se ruge así", y se puso el hombre a rugir como se debía rugir. Otro peligro de la ficción es el contagio. He aquí un caso muy semejante al del león, sino que acaeció en la remota antigüedad, en la época del teatro griego. Cuéntase que un actor tenía que imitar en una farsa el gruñido del cerdo; pero sus gruñidos no le daban al público impresión de tales gruñidos, y, consecuentemente, le acarreaban al farsante todos los días una tormenta de rechiflas y chacotas, acompañadas de pepinos y otras cosas arrojadizas. El actor juraba y perjuraba que aquellos gruñidos eran dechado de perfección imitativa, o mimética, como decía un crítico de entonces, Aristóteles de nombre. Y el público continuaba negando que los gruñidos del infortunado actor estuvieran tomados del natural, pues había oído gruñir a otros grandes y aplaudidos actores y sabía a qué atenerse. Mas he aquí que un día, cuando más tumultuosa era la baraúnda, movida por los mal imitados gruñidos, el actor se adelantó al público, y, extrayendo de debajo del palio un lechoncito, se lo mostró, haciéndole ver que no había gruñido él, sino un cerdo de carne y hueso.—*R. Pérez de Ayala.*

UNA CUESTIÓN DE ABRILES En el número 595 reprodujimos de un antiguo libro de Martín Gil el artículo titulado "Nuestro cielo en abril". El autor teme que algunos lectores puedan creer que se trata del próximo venidero abril. Se trata, naturalmente, de otro abril. Gustosos hacemos esta aclaración en obsequio del autor.

EL CENTRO COMERCIAL DEL MUNDO Y SU DESPLAZAMIENTO DE ESTE A OESTE Dice el doctor R. S. Mac Elwee, funcionario norteamericano, director del Bureau of Foreingn and Domestic Commerce:

"Si echamos una mirada retrospectiva hacia el pasado veremos como hace más de 3.000 años el centro del comercio mundial era transferido de Fenicia a Grecia, de Grecia a Cartago, de Cartago a Roma, y últimamente de Roma a Génova y a Venecia, al tiempo que las ciudades anseáticas del Báltico y del Mar del Norte entraban también en un período de desenvolvimiento comercial. Luego el comercio rebasó las márgenes del Mediterráneo y del Báltico y se extendió hasta el anchuroso Atlántico; comenzando por España, Lisboa y Amberes, el centro del comercio fué transferido a Amsterdam. Entre 1651 y 1700, Londres comenzó a rivalizar con Amberes hasta arrancarle el cetro del comercio internacional, conservándolo hasta nuestros días. La última guerra—ya nos dimos nosotros cuenta de ello o no—también impulsó hacia el occidente el centro del comercio universal, transfiriendo una buena parte de los intereses comerciales a las naciones que bañan las costas del mar Pacífico, además del Atlántico. Ha existido siempre, pues, un movimiento comercial constante hacia el occidente, con la consiguiente expansión de los intereses y de las influencias comerciales."

El "British Trade Journal", de Londres, no parece estar completamente de acuerdo con esta tesis. Dice una nota editorial de una de sus últimas ediciones:

"Un corresponsal recién llegado de la América del Sur escribe lo siguiente:

El sudamericano es un comerciante sagaz; dice que puede descansar en el fabricante británico, pero que el de los Estados Unidos no siempre envía los géneros de conformidad con la muestra. Encuentra bien empacados los géneros británicos, pero no puede decir lo mismo de los norteamericanos, que suelen estar mal empacados y llegar con averías de tránsito; las facilidades marítimas de la Gran Bretaña son adecuadas y merecen confianza, pero las norteamericanas son ridículas en comparación con aquellas; un comerciante norteamericano, con veinte años de relaciones íntimas comerciales con la América del Sur, me confesó en Buenos Aires que la dificultad que siempre encontraba en su camino era que los comerciantes sudamericanos estaban siempre dispuestos a pagar 10 por ciento más por los géneros británicos que por los norteamericanos de un carácter semejante y de una calidad igual. Inglaterra tuvo que descuidar el mercado sudamericano durante la guerra, y desde entonces hasta muy recientemente el mercano nacional era tan exigente y ofrecía tales ventajas que se dió poca atención al extranjero; ahora ha cambiado esta situación y ha llegado el tiempo de restablecer nuestra bien merecida supremacía en los importantísimos mercados sudamericanos."

UNA GESTIÓN DIPLOMÁTICA El señor Pablo della Costa (h.), jefe de la división comercial del Ministerio de Relaciones Exteriores, dice en un reciente informe, refiriéndose a posibles gestiones ante el gobierno norteamericano, para el caso de que bajo la administración Harding fuese renovado el proyecto Fordney:

"Si se hiciesen gestiones sobre algunos otros productos, como ser el lino o el maíz, sólo conseguiríamos renovar el error de concepto que cometió el gobierno argentino cuando, por indicación del Ministerio de Agricultura, hizo que nuestra embajada en Wáshington pidiese la liberación de los impuestos al extracto de quebracho, en cuya virtud se suprimió un derecho que no nos afectaba en lo más mínimo, por cuanto éramos el único abastecedor de ese mercado y, en cambio, los fabricantes de calzado de la Unión consiguieron una ventaja más para venir a quitarnos el mercado interno en nuestro propio territorio, y hacer más difícil la situación de la industria similar argentina.

Esa gestión no es, pues, un triunfo de que alguien pueda jactarse, sino un simple error de afición diplomática, indicado por el Ministerio de Agricultura, por desconocimiento de la materia que trataba y pasividad del de Relaciones Exteriores, que dió curso a la gestión propuesta."



La Bolsa de Nueva York y el Banco Morgan (Barrio de Wall Street).

EL MÁSCARA DE HIERRO Creo que el "máscara de hierro" fué el ministro de Hacienda Fouquet, que cayó en desgracia y promovió el odio del rey hacia su persona por las humillaciones que le hizo afrontar con la ostentación de sus riquezas; Luis XIV no perdonó jamás esto a Fouquet. Un monarca tan soberbio como el rey Sol, que decía al Parlamento "el Estado soy yo", no podía disculpar que por encima de su persona hubiera un súbdito suyo que se atreviese a demostrar que poseía mejor posición que la suya.

Instigado por Colbert, el contrincante del ministro de Hacienda, que le indicó el peligro de que Fouquet comunicase al extranjero secretos de Estado, decidió conmutar la pena de destierro que había dictado por la de prisión perpetua en la fortaleza de Piguerol, desde donde más tarde fué trasladado a la Bastilla.

La época de la muerte de Fouquet—dice el historiador Anquetil—es todavía un misterio. Según unos, murió en la cárcel; según otros, en el seno de su familia, y hasta fué enterrado en sitio conocido, en Santa María y en la calle de San Antonio; y, finalmente, hay quien, como Gourneville en sus "Memorias", le hace evadir de Piguerol y morir en país extranjero.

Como detalle que confirma un aserto de que el misterioso prisionero fué Fouquet, citaré el caso que Fautin Desodoardo, continuador de Velly, refiere, y es que en la toma de la Bastilla, en 1789, reconoció entre diversos documentos que hubiesen sido útiles a la historia y fueron presa de una ignorante multitud, varias cartas que contenían detalles acerca de algunos encerrados en la fortaleza. Estaban firmadas por ministros o agentes del Poder, y una de ellas, con el número 89.000, que él no pudo quitar al que acababa de encontrarla, pero que le permitió copiarla, contenía estas palabras: "Fourquet llegando de las islas de Santa Margarita con una máscara de hierro sujeta a la parte de atrás de la cabeza con un candado", seguían tres XXX y encima Kerradion.

No me ha sido posible averiguar el significado de estos últimos signos. (*Armando Pod*, "Alrededor del Mundo", Madrid).

EL NUEVO TIPO DE SUBMARINO ALEMÁN Acerca de este submarino, del cual hablaron los telegramas, he aquí lo que dicen de Berlín con fecha 18 de enero:

El profesor Oswald Flamm, inventor del nuevo tipo de submarinos, en una entrevista con representantes de la Prensa, ha explicado que el nuevo principio de estabilidad es el que hace posible proteger los submarinos con coraza, que es el problema de que dependía el desarrollo de esta clase de buques.

El submarino acorazado será inmune contra los cañones de los barcos mercantes y aun de los cruceros ligeros. También podrá resistir el efecto de bombas que estallen en la profundidad del mar. Podrá llegar hasta arriesgarse a romper la línea de defensa formada por destroyers para guardar los "dreadnoughts". Así, pues, si la práctica confirma estos resultados, los nuevos submarinos transformarán por completo la guerra naval en lo futuro y es probable que paralicen la construcción de más "dreadnoughts".

El nuevo sistema de estabilidad del submarino no tiene nada que ver con el giróscopo. El profesor Flamm considera que el giróscopo no puede utilizarse, pues podría ser causa de desastres, a no ser que esté constantemente funcionando, de lo cual no puede tenerse seguridad. El profesor Flamm hizo su descubrimiento en 1918; pero no ha pedido ser ensayado en la marina alemana.

Ante la imposibilidad de que su patria pudiese hacer uso de su invento, el profesor ofreció primeramente su secreto a los Estados Unidos, calculando que para la defensa de las Filipinas podría convenir a los norteamericanos estudiar y ensayar un invento que puede reducir mucho el coste de la marina de guerra y transformar los métodos navales. Sin embargo, hasta el presente, el profesor Flamm no ha hecho trato alguno con los Estados Unidos. En cambio, una importante compañía británica ha adquirido la patente correspondiente para el Reino Unido, y otro tanto han hecho Holanda e Italia.

El inventor, después de reproducir los datos, ya publicados, respecto a los planos y cálculos ya hechos y los que tiene en proyecto, terminó manifestando que cuenta con la cooperación de peritos de casas tales como Krupp y Siemens y Halske, para la cuestión del acorazado de los submarinos.

CHISTES

Yendo por primera vez a la caza de conejos un estudiante, y no de los más sobresalientes, advirtiéronle sus compañeros, prácticos ya en tal caza, que no hablase, por cuanto los conejos tienen un oído finísimo, y se asustan y escapan al más mínimo ruido. Calló, pues, un buen rato; mas en cuanto vió en un pradillo, junto a unas matas, tres o cuatro conejos parados, se puso a exclamar: —¡*Ecce cuniculi mei!* (¡He aquí mis conejos!).— Los conejos se escaparon; y reprendiéndole entonces los compañeros por haber hablado, a pesar de la advertencia que le tenían hecha, se disculpó diciendo:

—¿Quién había de pensar que los conejos entendiesen también el latín?



—¡Pero hijita!... ¡Cómo quieres que haga fiestas si me han dejado cesante?

—Razón de más para que no te tomen tus amigos por un pobre diablo: vete ahora mismo a lo de Longobardi, Bolívar, 280, y alquílale todos los adornos necesarios para el baile y cómprale un lindo toldo para poner en el patio.

—Tiene razón mi mujer: no hay que darle gusto a los alacranes...

Las cosas que amamos un día...

EL VIEJO DAUDET

por Eugenio NOEL

"Las cosas no están completamente vivas o muertas. Están más o menos vivas." (John Ruskin, "La ética del barro".)

Diablo, tiene gracia; esta noche pasada no he podido estudiar una palabra. Me habían preparado un café muy fuerte, todo lo menos falsificado que han sabido encontrarlo, es decir, conteniendo tan sólo azul de Prusia, talco y plombagina; pero el alma se negó en seco a continuar leyendo. Queréis saber la razón, ¿no es eso? Bien; sin duda vosotros conocéis la cabrita de M. Seguin, tan dócil, con sus casquitos negros, sus cuernecillos, tan satisfecha, que se dejaba ordeñar sin meter la pata en la escudilla. Pues esa cabrita ha saltado a mi mesa, revolviendo de lastimosa manera mis papeles y, lo que es todavía más gracioso, las palabras del libro que tenía delante de mis ojos.



Alfonso Daudet.

¡Cómo! ¿Es posible eso? Y tan posible que ha sido. Figuraos mi asombro, queridos míos, si no tenéis inconveniente en ello, al ver los casquitos negros de la cabra de M. Seguin pisoteando, que daba lástima verlas, tanta letra urdida con una sabiduría de la que muchos no tienen la menor idea. ¡Oh, qué pena daba ver revueltas las gemmulas de Weissmann, el dinamismo de Ritter, las neuronas de Cajal, los plasomas de Viesner, las prehormonas de Pacelsioni, los gérmenes de Haller, la ley de las fases de Gibbs, los falsos equilibrios de Dulsem!... Hasta por encima de los cuernos había allí la hierba sabrosa de la ciencia. La cabrita blanca se revolcaba en ella, feliz por haberse librado de la maldita cuerda que le desollaba el pescuezo allá en el vale, en la alegre casita rodeada de ojiacantos.

Qué queréis. He cerrado los ojos embelesado, separando antes con la mano los carrizos de las fuerzas vitales de Blumembach, las marañas de las entidades de Ehrlich, y unos como sarmientos muy largos y muy secos de no sé qué hipótesis de la valencia o la tetravalencia del carbono. De repente he oído la trompa de M. Seguin que llamaba a la cabrita, y he visto al lobo lamiéndose las narices con su lengua roja. ¡Ajá!, ¡la cabrita de M. Seguin!..., ha dicho el lobo, preparándose a devorarla. Como podéis imaginaros, no he tenido fuerza de ánimo para ver morir la séptima cabrita del bueno de M. Seguin.

¿Quién vuelve al libro ya? ¡Se está tan bien en este valle del Rodano, en el corazón de la Provenza!... En buena hora se le ocurrió al señor Gaspar Mitifio vender su molino al poeta Daudet en presencia de Francet Mamai, tocador de flautín, y de Luisa, llamada la Quique, portaestandarte de los penitentes blancos, ante el notario Honorato Grapari, residente en Pamperigouste. No; no seré yo quien cambie mi molino por saber qué demonios es el átomo de Thomson, la hipótesis de Rutherford, los experimentos de Geiger, de Marsden y del diablo que se los lleve. Buhos, buhos, como ese de los ojos fisgones y cara de pocos amigos, que ha sacudido penosamente sus alas grises de polvo al entrar el poeta en su molino.

—Diablo de pensadores, no se acaban nunca — ha dicho en alta voz Daudet al verle.

No sé cómo ha sido ello; pero en el buho estaba yo mismo en persona, y me he quedado muy sorprendido de ver a Daudet, al auténtico Alfonso Daudet, con sus melenas largas, larguísimas, como las de los reyes merovingios.

¿No conozco a Mistral, verdad? Bueno, iremos a visitarle. Vive ahí cerca, a tres leguas escasas, en el pequeño puebleeito de Maillane, en la última casa a mano derecha sobre la carretera de Saint Remy; nos leerá "Calendal"...

He cogido el libro para ir leyendo por el camino; pero la lona del carrito, de madera de mirto, si nos libra de la lluvia, que cae a torrentes, no evita la furia de la tramontana. Es preciso cerrar el enorme tomo: Daudet sonríe. No importa; a cambio del capítulo que explica la masa del átomo de hidrógeno y las combinaciones de Prout, él me contará un cuento, el del párroco de Cucuñan, el sermón del excelente Padre Martín, en cuyo confesonario las arañas hilaban espesas telas.

Y he ahí por qué esta noche pasada no he podido estudiar una palabra.

Lo que come Nueva York.—*Cincuenta mil vagones de productos vegetales: verduras, frutas, tubérculos, etcétera, son los que anualmente consumen los siete millones de habitantes que viven en la gran metrópoli.*

Estos vagones enganchados juntos formarían un tren de quinientos noventa y cinco kilómetros.

Nueva York consume el 15 por 100 de la cantidad total de patatas, manzanas, repollos, cebollas, tomates, peras, melones y melocotones que exporta el mundo entero.

En los cuatro años que median desde 1906 a 1909, inclusives ambos, entraron en Nueva York 195.354 vagones de estos productos, lo que da un promedio de 48.838 vagones.

Estas cifras sólo son de las cantidades llegadas a las estaciones de término de Nueva York, y, por consiguiente, no se tienen en cuenta las llegadas en carretones y lanchas.

I N V I E R N O

por JAZMIN

Era un pequeño lote tan cultivado, tan aprovechado hasta en el más mínimo palmo de su tierra, que aquello parecía una granja en miniatura.

Frutales y legumbres ¡ah, sí! frutas y legumbres que fueran de su tiempo, a buen seguro que no faltaba en la fecundísima huerta de doña Eulalia y de don Mateo; los dos viejecitos que hacía más de seis lustros, nos enviara, — entonces jóvenes — la emigración hispana; gentes todo bondad y buena fe, trabajaron mucho, mucho, sin descanso. Por eso y por tener conciencia, prosperaron poco en esta bendita tierra que sólo es Jauja para el vividor aprovechado.

Pero en fin, sin mayores ambiciones uno y otro, sentíanse felices con su modestísimo pasar que era la huerta y defendíanla con empeño, con toda su dedicación, no para ellos, no, sino para su Marta, la única hija que les quedara de los cinco que hubieron y que contaba a la sazón diez y ocho años.

Linda, sí lo era la chica, que parece que pusieran los matrimonios maduros tal sumum de vitalidad y espíritu en su última obra, que llegan generalmente a formar en virtud de la unión de sus moléculas generatrices bajo el imperio de sus voluntades, un asombroso conjunto de perfecciones.

Floreció el germen burilado y fué Marta el rayito de sol y el alegre gorjeo que prolongó la primavera de los padres, llenando el hogar humilde con su alegría de vivir...

—Mateo, que hay que regar esos tomates.

—Sí, mujer, sí, pero antes saca dos o tres pa la ensalá, que sabes que a la niña le gustan.

—Y unas lechugas; ¡mira qué blancas y qué tiernecitas son éstas, y eso que este resol no las deja descanso!

Y pasaban el día entero en la huerta los viejecitos, que una cañita aquí que sostenga esta rama; que un riego de este lado; que podar más allá; que matar tanto y tanto bicho dañino que no se sabe de dónde salían; luego, los otros bichos, menos dañinos sí, pero... ¡si daban qué hacer!

Mientras daba don Mateo el revuelto de maiz y de afrecho y todos los desperdicios de las legumbres y de las comidas, al cerdo rollizo y lustroso que gruñía siempre hambrón abalanzándose al cubo que traía su yantar; los conejos grises, rubios, blancos con ojos rosados, vivarachos e inquietos a pesar de su eterno mutismo, acudían en tropel al olor del pasto fresco con que les convidara su ama.

Gallinas, palomas, patos, en amistosa camaradería, iban haciendo desaparecer los granos de maiz desparramados, que doña Eulalia arrojara a puñados.

—¡La pécora ésta, que deja enfriar los huevos, por no volverse al nido! Anda Ulalia, a ver si pués encerrarla tú.

Y allá iba la viejecita — que con su dulzura facilitaba todas las tareas imposibles para la poquísima paciencia de don Mateo — a encerrar a la clueca rebelde.

—Mateo, saca unos duraznos para la cena, anda, que la niña no ha de tardar en llegar.

Iba cayendo la noche tibia y serena de aquel plenilunio.

Recogidas las bestias en su albergue cada cual, dirigióse doña Eulalia a la cocinita pequeñísima, humilde, pero reluciente, donde borboteaba la sopa y exhalaba el asado incitante y apetitoso olorcillo, y dispúsose a preparar la ensalada que tanto gustaba a la niña; y esperando la llegada de la niña, don Mateo, la espalda agobiada, las manos a la espalda, iba y venía con calmoso paso del interior a la puerta de calle y de ésta al interior, y la espera se sentía latente en el aire, en el perro que miraba al camino, conocedor de la hora, en el canario, que con prolongados trinos pareció despertar en ese instante, en la casa toda...

Trajo la brisa el agudo repercutir del silbato de un tren que partía.



—Mateo, que hay que regar esos tomates.

—Ya ha llegado su tren—exclamó don Mateo dirigiéndose a la puerta por vigésima vez.

Y atisbó el camino largo rato, sin que viera aparecer la silueta de su pequeña, de su niña.

—¿Viene ya?—gritó la viejecita, segura de obtener respuesta afirmativa.

—No, no la veo.

—Habrá perdido el tren...

La brevedad quiso acallar inquietudes.

Pasó una hora... dos... tres... interminables, en que más de una vez trajo la brisa el estridor de los silbatos del tren, y la niña... la niña no venía!...

Ni una palabra, ni una sola palabra turbó la silenciosa espera.

La sopa cerca del fuego. Cerca también el asado por guardar su calor. La ensalada dispuesta...

La viejecita, con miedo de hablar, con miedo de mirar a los ojos del viejo, suspiraba quedo... calladamente...

La espalda agobiada, las manos cruzadas detrás, endurecido el ceño severo, el viejo Mateo seguía su paseo del interior a la puerta de calle y de ésta al interior... calladamente.

Con voz queda, luego, como asustado de dar forma a sus pensamientos:

—Oye, Ulalia — dijo — ¿no te parece que estaba la niña ayer algo triste?

Dudó un momento ella, temerosa también de hablar de más.

—Hombre, no sé, no lo he notado... ayer y anteayer... también vino tarde...

—¡Sí, pero no tanto! Perdió el tren, según dijo.

Como aseverando la afirmación del viejecito, doce campanadas caían una a una, como gotas de plomo derretido que llevaran una amarga y dolorosa certidumbre al alma de la anciana.

—¡Las doce ya!

Un silencio angustioso siguió a la certidumbre.

Después, como hablando consigo mismo:

—¿Es que estará cansada del empleo?...

—¡Pues con decirlo! — saltó brusco él — ¿No quiso ella emplearse? ¿No dijo que se aburría en casa?

Una vez y otra... y otra volvió el reloj a dar sus campanadas, y convencidos de que esa noche no llegaban más trenes, seguían, sin embargo, la madre atizando el rescoldo por que no se enfriara la cena que nadie probaría; y seguía el padre cada vez más adusto, su incansable, automático paseo...

Allá en el cielo iban palideciendo las estrellas y traían las brisas fragancias tempraneras.

Amanecía.

Juntos, muy juntos los dos viejecitos al calor del hogar, callando Mateo por temor a que al hablar diera suelta su congoja, la viejecita más débil, vencida por la angustia abrazóse a él y...

—¡Mala, mala! ¡Cómo ha podido olvidarnos! — gimió dolorida.

Y apretados más uno contra otro, un céfiro travieso díjoles al oído que para ellos empezaba el invierno en pleno estío...

Los seis valientes.—*En 1625 ocurrió en París una de esas aventuras que dieron mucho que decir por entonces, y de la que los novelistas franceses han sabido sacar un gran partido en el período en que la novela tenía un carácter caballeresco. Era la época en que existían grandes rivalidades entre los "Mosqueteros de la Reina" y los "Mosqueteros del cardenal Mazarino", y en que la "Fronda" estaba en su período más ardiente y apasionado.*

Todos los días había duelos y combates en contra de los edictos del rey, pero como esto importaba poco en vista de la exacerbación de las pasiones, ocurrió que los dos cuerpos que entonces se hallaban con más privilegios o sean los que acabamos de nombrar, se juraron un odio eterno. Raro era el día que en el Prado de los Clérigos y en las inmediaciones de la abadía de San Germán, no aparecieran tres o cuatro cadáveres de mosqueteros de la reina o del cardenal. En vano se quiso poner coto a aquel escándalo sangriento, pero secretamente se fomentaba, hasta que fué necesario que se tomase una determinación extraña, muy parecida a la de los antiguos Horacios y Curacios romanos.

Cad cuerpo escogió tres de los más famosos espadachines, y se convino que los que quedaran vencedores serían los que adquirieran la reputación de más valientes. La reina María Ana de Austria y el cardenal Mazarino fueron los primeros que aceptaron este duelo, el cual se arregló en los salones del Louvre.

—El combate será a muerte—exclamaron todos.

Y en efecto en aquella misma tarde se verificó la lucha, resultando que murieron los tres mosqueteros del cardenal, quedando heridos gravemente dos de los mosqueteros de la reina.

Este desafío fué objeto de muchas conversaciones en la corte: pero lejos de extinguirse los odios de resultas de aquel combate, se recrudecieron de tal manera entre los dos cuerpos, que fué necesario promulgar un edicto por el cual se imponía pena de la vida a los duelistas.

EL JARDIN DE NUESTROS POETAS

Sonata

por Ricardo BUCCICARDI

Beethoven llora en tu piano;
la tarde, lenta, declina
y una flor su tallo inclina
en el búcaro cercano.

La camelia de tu mano .
languidece en la sordina
de la sonata, divina
remembranza de algo vano;

como cuando en la novela
olvidada halláis la esquela
que os embriagó el corazón;

y pensáis con honda pena
que la vida ya no es buena
cuando muere la ilusión!

Melopea marina

por César GARRIGÓS

He dejado mi torre. La mañana
de tinte murillesco es algo cruda,
sobre la arena de la playa muda
urden las olas su canción profana.

He bajado a mi río; el agua ufana
tiembla en espasmos de mujer desnuda;
el río mío, como un viejo Buda,
unge a mi tierra de humedad humana.

En este río de cristal sonoro
mi novia es rubia y mi cantar es oro,
miel es el beso en su maligna boca;

y es la inquietud de mi vivir tan grave,
que se dispara de mi testa loca
como una estrofa convertida en ave.

Flor en retoño

por Roberto LEDESMA

Flor en retoño:
cuida tus hojas;
viene el otoño;
toda Natura gime congojas...
¡Cubre tus hojas!

Flor en retoño:
cierra tu vaso;
pliega tu moño;
libra tu albura de su aletazo...
¡Cierra tu vaso!

....

Flor en retoño:
vino el otoño
y el viento brama;
rueda en el suelo tu bella ropa,
sólo en la rama
queda tu copa...

Flor en retoño:
gime congojas,
que el crudo otoño
mustió tus hojas.

Consejos a Rubén

por Arturo L. ALBERT

Mal haces, ¡oh, Rubén!, en dedicarte
a cantar versos por lo tristes malos;
mal haces, ¡oh, Rubén!, puesto que el arte
no radica en los palos
que la vida se empeña en endilgarte,
sea en el corazón o en cualquier parte.

Ya que posees dones para el verso—
con lo cual no se gana el universo,—
rima joviales cosas,
canta tus alegrías, tus venturas,
tus estancias jocosas,
¡mas no llores, por Dios, las amarguras!

Yo, lo mismo que tú, Rubén, antaño
rimaba todo lo que hacía daño:
mi "soledad", mi "cruel melancolía",
cada delirio, cada desengaño...
¡Qué no lloró, Rubén, la lira mía!
¡Cómo, cómo aburría!

Pero la sensatez llegóse un día
en forma del consejo de un buen viejo;
¡bienhaya su consejo
radioso como un pleno mediodía!
Acepta, pues, Rubén, este reflejo:
yo rimaba en otrora mi agonía,
y desde aquel instante del consejo,
vi la verdad, busqué cambiar de vía...
mas la sigo rimando todavía.
(Pero tú no te mires en mi espejo).

Ensueño

por J. M. CORDEYRO ECHAGÜE

Rítmica, alada, silenciosa y pura
la vi surgiendo de un edén florido,
todo era en ella principesco olvido
y eran sus ojos de inefable hondura.

Llamé a sus puertas con delirio santo
tal vez sintiendo su divino ruego,
y en su exquisita intensidad el fuego
de su mirada me llenó de encanto.

Hoy que he llegado sin querer amarla
sorbiendo el néctar de su cáliz, vivo
bajo el misterio que me infunde darla

todo lo grande de mi ser altivo.
Sólo un secreto yo no sé ofrendarla,
¡y es que me siento de su ser cautivo!

EL BUEN HUMOR DE LOS DEMÁS

Anécdotas de la Rachel. — El respeto que tenía la notable trágica por su arte puede proponerse como modelo.

Después del ensayo por ella de la escena principal de "Angelo, tirano de Padua", Arsenio Houssaye, administrador de la "Comedia Francesa, la felicitó calurosamente.

—Ha estado usted admirable, señorita. Y sin embargo, no hay público.

—Perdón—replicó la artista—estaba usted.

—Sea. ¿Y si no hubiese estado yo?

—Entonces, siempre habría estado yo misma.

Desprovista hasta de la instrucción más elemental, Rachel suplía las lagunas de su educación, por una inteligencia excepcional y por un ingenio que hacía olvidar a los delicados los mediocres comienzos de la gran artista.

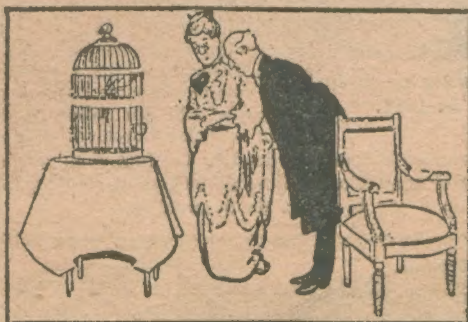
Una noche, en San Petersburgo, durante una jira triunfal, la ilustre actriz asistió a una fiesta dada en su honor por los oficiales de la guarnición.

Se estaba a la víspera de la guerra de Crimea y las relaciones entre Rusia y Francia dejaban por entonces mucho que desear.

En un momento dado, un joven oficial, exaltado sin duda por excesivas libaciones, expresó en voz alta la esperanza de ir con el ejército ruso a tomar champagne en París.

—¡Qué esperanza, señor oficial!—dijo Rachel en seguida.—Nosotros no servimos champagne a nuestros prisioneros.

BUENA ESCUELA...



—¿Por qué le han enseñado ustedes a blasfemar tan terriblemente a su loro?

—Nosotros no lo hemos hecho intencionadamente. Es que estaba su jaula colgada al lado del teléfono.

De Rochefort. — Con este ingenioso decreto resumió cierta vez Rochefort el programa de esos soñadores que, por asegurar el funcionamiento de la sociedad futura, pretenden hacer tabla rasa del pasado:

"Artículo 1.°: Ya no hay nada.

Artículo 2.°: No se encarga a nadie de la ejecución de este decreto."

Respuesta célebre. — Ayuda de campo del mariscal Danout, el general Trobriand era célebre en el ejército por el ingenio y la finura de sus réplicas.

En 1815, un general prusiano le dijo bruscamente:

— Ustedes, los franceses, se baten por dinero, mientras que nosotros, los alemanes, nos batimos por el honor.

— Nada más natural — respondió el turbulento oficial, — cada uno lucha por lo que le falta.

Referida por Montegut, el erudito biógrafo del general Trobriand, la anécdota es admirable; pero, por otra parte, Roberto Surcouf, antiguo sub-prefecto, la reivindica en estos términos para su ilustre tío, el célebre corsario. En su versión, por supuesto, el interlocutor es inglés y no alemán.

"Roberto Surcouf, el famoso corsario e irreconciliable enemigo de los ingleses, tenía la lengua tan pronta como la mano, y no es decir poco. Un inglés que capturó en cierta ocasión, le reprochó su rapacidad y alegó que sus compatriotas se batían por la gloria, al revés de los franceses, que lo hacían por dinero.

— Lo que demuestra — dijo Surcouf — que todos combatimos por adquirir lo que nos falta."

¿De quién es, en resumen, la réplica célebre?

Sería temerario afirmarlo, pero no sería imposible, que esta salida genial tan disputada no perteneciera realmente a ninguno de los dos a quienes se les atribuye.

Los maestros del humorismo

Anatole France

1844

PENSAMIENTOS DE RIQUET

Yo hablo cuando quiero. De la boca del amo también salen sonidos que tienen significación. Pero esos sonidos son mucho menos distintos que los que expreso con los sones de mi voz. En mi boca todo tiene sentido. En la del amo hay muchos ruidos vanos. Es difícil y necesario adivinar el pensamiento del amo.

Yo estoy siempre en el centro de todo, y los hombres, los animales y las cosas están alineadas, hostiles o favorables, a mi alrededor.

Una acción por la cual se nos ha golpeado, es una mala acción.

Un perro que no tiene piedad por los hombres y que desprecia a los fetiches congregados en la casa del amo, lleva una vida errante y miserable.

Los hombres ejercen el poder divino de abrir todas las puertas. Yo no puedo abrir solo más que un pequeño número de ellas. Las puertas son grandes fetiches que no obedecen gustosamente a los perros.

Nunca se sabe si ha obrado bien hacia los hombres. Es necesario adorarlos sin tratar de comprenderlos. Su cordura es misteriosa.

El olor de los perros es delicioso.

De Dumas, hijo. — Uno de los amigos de Dumas hijo, recibió la visita de éste en una minúscula posesión que aquél tenía en los alrededores de París.

Durante un paseo por los jardines, el feliz propietario señaló al autor de "La dama de las camelias" una fuentecilla y le dijo:

— ¿Ve usted esa fuente, mi querido amigo? No es muy grande, sin embargo un hombre ha encontrado el medio de ahogarse en ella.

— ¿Sí? — respondió Dumas. — Pues debió ser algún adulador.

Accidente callejero. — El dueño del automóvil: Disculpe usted este atropello involuntario. ¿Dónde se ha lastimado?

Peatón atropellado: Aún no sé, caballero. Lo consultaré con mi abogado.

PRECIO FIJO



El cliente. — ¿Cómo? ¡200 liras! Usted me ha pedido 100 liras cuando entré.

El comerciante. — Sí... pero de eso hace 20 minutos.

Amigas. — Señora Rodríguez: ¿Ha servido usted en alguna otra casa?

Sirvienta: Estuve seis meses con los de Pérez, antes de que se separaran.

Señora Rodríguez: Usted me conviene. Dígame, ¿es cierto que él le pegaba brutalmente a la señora?

Noticia de policía. — Una sirvienta y dos mil pesos han desaparecido simultáneamente de la casa del señor Cucha-Cucha. Se supone que ella confundió el día de la desaparición con el día de pago.

Sin corazón. — El: Señorita, su risa me ha demostrado que usted no tiene corazón.

Ella: ¡Dios mío! ¿He abierto tanto la boca?

Comentarios. — Se dice que él tuvo un susto espantoso el día de su boda.

— ¡Ya lo creo! Yo también la vi de novia, a la pobre Juanita.

En la mejor casa de pensión. — La dueña: ¿Qué toma usted, señor Juárez? ¿Té, café o cacao?

Juárez: Señora, me es lo mismo, sea cual sea el nombre que le dé.

Sección informativa. — Una tormenta causó ayer perjuicios en las líneas telefónicas, que obligaron a suspender el servicio durante seis horas. Afortunadamente los abonados no se dieron cuenta de la anomalía reseñada.

En el salón. — El: ¿Quiere usted ser mi...

Ella: ¡Oh, Jorge! Es tan pronto que necesitaría algún tiempo para...

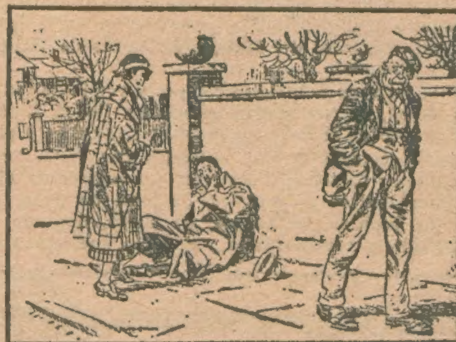
El: ... compañera de baile en la próxima pieza?

Ella: ... descansar del último Fox-trott.

El que no ha sido. — Maestro (enarbolando un puntero): Y ahora, gaznápiro, dime dónde está el Báltico. ¿Dóndeee estáaaa el Bálticoooo?

Chico: Le juro que yo no lo sé. (Llorando a gritos). Pero Juancito acaba de esconder algo en la gorra.

SINCERA ADMIRACION



La esposa (una aficionada al box). — ¡Qué hermoso "uppercut" te ha pegado, Jorge! Es asombroso que yo no lo conozca.

Como antes de la guerra. — ¿Cómo llevar a un peso hasta donde llegaba antes de la guerra?

— Mandándolo por correo.

A fin de mes. — Lamento mucho, mi querido amigo, que su hija se haya ido con el chauffeur.

— ¡Bah! No se ha perdido gran cosa; dentro de unos días él cumplía mes.

Funerales. — Señor, ¿qué cobran en este diario por los avisos fúnebres?

— Un peso por centímetro.

— ¡Dios mío! ¡Y el finadito era casi de dos metros de altura!

Ruptura. — ¿Por qué rompiste tu compromiso con Gilda?

— Porque su loro decía continuamente: "¡Juanito, no hagas eso". "¡Juanito, que mamá nos mira!"

—¿Y a ti que te importa?

—¡Ya lo creo que me importaba! ¡Cómo que yo no me llamo Juanito!

Lo que se ha dicho de la moral. — No hay más que una moral, como no hay sino una sola geometría; esas dos palabras no tienen plural. La moral es hija de la justicia y de la conciencia. — **Rivarol.**

— Hay personas que solamente tienen moral al por menor; es una tela con la que nunca se hacen un traje. — **Joubert.**

— La moral debe ser algo muy sólido y muy resistente, como el paraguas del paisano que se dirige al mercado. — **Agustín Filon.**

— El miedo por el juicio ajeno es uno de los fundamentos más respetados de nuestra moral. — **Gustavo Lebon.**

— No hagas nunca hoy lo que otro pueda hacer mañana por ti...

Ilust. de "London Opinion", "Punch" y "Pasquino".

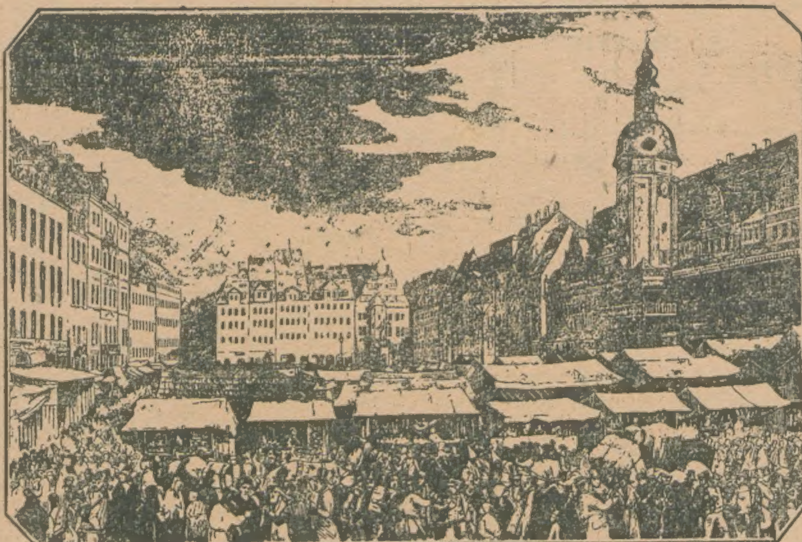
LA FERIA DE LEIPZIG. HACE SETENTA AÑOS

Todos los periódicos gráficos han reproducido vistas y escenas de la primera feria que después de la guerra se ha celebrado en Leipzig, feria de gran renombre y que desde hace mucho tiempo constituye un acontecimiento, no sólo en Alemania, sino en el mundo entero.

Nosotros reproducimos hoy en unos grabados de la época varios aspectos de lo que era la famosa feria hace setenta años.

De las tres ferias que se celebran al año, la de otoño, que como las otras dos dura tres semanas, es la más considerable.

Varios días antes de que se inaugurase, de todas partes de Alemania, por todos los caminos y vías de comunicación que tenía la gran ciudad sajona, llegaban coches, carros, camiones, vehículos varios conduciendo mercaderías para depositarlas en las plazas y mercados.



La plaza del Mercado de Leipzig.

Los hoteles, las fondas, las casas de huéspedes no podían contener una persona más; las familias particulares cedían sus mejores habitaciones para alquilarlas a elevados precios.

Miles de barracas, de puestos, de nuevas tiendas ocupan la ciudad; todas las calles y callejuelas que desembocan en la gran plaza del mercado se llenan de comercios improvisados, y en medio de la calle se veían, hablamos del año 50, montones de fardos, cajas y paquetes.

En la feria de Leipzig se compra y vende de todo: telas, lanas, cueros, piedras preciosas, libros, juguetes, harapos de todo lo imaginable. Las calles y plazas están constantemente surcadas por vendedores ambulantes: pasteleros, cesteros, vendedores de hierro y toda clase de metales, de loza, de paño, de lana, de cepillos, de zuecos, de cuero, de todo lo imaginable, y comisionistas y agentes que llegan de todas partes del mundo. El ruido es ensordecedor; gritos de los mercaderes voceando su mercancía, el bombo, las cornetas y los órganos de las mil barracas, con fieras, luchadores, teatros, etc.

En las ferias de Leipzig se encontraban mercaderes de todas las razas, y presentaban en aquella época en que cada una de ellas, y hasta de diferentes regiones dentro de cada una, vestían distintos y pintorescos trajes.

Allí se veían judíos polacos, con sus largas batas negras; serbios, moldovalacos, griegos, persas, americanos, asiáticos y europeos de todas las naciones.

Los cafés, las tabernas, los "cabarets" y los "keller" o sótanos se multiplicaban en esos días. En la época a que nos referimos, había un "keller" famoso, el Anerbachs Keller, en el que Goethe coloca la escena de la borrachera diabólica de Fausto.

En todos esos sitios de reunión había conciertos, y durante el día, murgas, arpistas, coros, tocadores de los más inverosímiles instrumentos recorrían la ciudad.

Delante del Jardín de Reimer se instalaban todas las curiosidades que son complemento de las ferias: figuras de cera, circos, fieras, acróbatas, escamoteadores, malabaristas, y sobre todo, puestos donde comer y beber, beber sobre todo.

Durante esos días, en aquella época y suponemos que esto no habrá variado, los lugares en donde reponer sus fuerzas: las casas de comidas, restaurantes y tabernas, a pesar de su abundancia no daban abasto al buen apetito; las salchichas se despachaban por kilómetros, las ensaladas de patatas y las coles fermentadas por toneladas, "et sic de coeteris".

Inútil será que añadamos que tanto entonces como ahora, la famosa bebida de Gambrinus que durante la feria de Leipzig se consumía y consume, bastaría para hacer un estanque en donde poder navegar una escuadrilla de botes levantando ondas de blanca y espesa espuma y en el que, dada la afición que los tudescos tienen a la cerveza, habría muchos náufragos voluntarios.



El chalet de Kintschg en la feria de Leipzig de 1851.

La feria del libro, que con los cueros y paños puede decirse que constituye la base principal del mercado, es la que ha hecho más famosa la reunión anual de mercaderes en Leipzig. Editores, agentes o comisionistas y libreros se reunen allí por miles, y allí se negocian libros editados en todos los idiomas civilizados. La forma en que se hace el comercio del libro es curiosa por su organización y por la forma de desarrollarlo.

Impreso en Buenos Aires, en los talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, para la casa editora Empresa Haynes, Maipú 393, Buenos Aires : : : : :



ALTO de BOA VISTA (CASCATINHA), Río de Janeiro. — Copia de fotografía tomada por el señor Blas L. Dubarry en su último viaje al Brasil.

AGUAS de COLONIA

Destilada sobre flore













Kendal

Exquisita y suave
Frasco grande. $ **5.80**
Loción........ » **3.60**

Duc

Unica por su delicado aroma
Frasco grande. $ **5.80**

Nora

Extra fina
Frasco grande. $ **7.50**
» medio.. » **4.50**

LE SANCY

SIMPLE — Frasco verde
Ideal para el baño
Frasco grande. $ **3.70**
» medio.. » **2.20**
» cuarto . » **1.50**
» chico . . » **0.45**

"LE SANCY" AMBRÉE
Frasco blanco
Deliciosa para el tocador
Frasco grande. $ **5.70**
» medio.. » **3.30**
» cuarto . » **2.—**

Reims

De perfume selecto
Frasco grande $ **10.—**
» medio. » **6.70**
» cuarto. » **3.90**

JARDY

Antiséptica y Desodorante
Frasco grande. $ **4.70**
» medio.. » **2.90**
» cuarto . » **1.90**

Se venden en todas las Tiendas, Farmacias y Perfumerías.

NOTA: Los precios de venta para las Aguas de Colonia rigen solamente en la capital. Para el interior se aumentan 20 centavos los frascos grandes tamaño de 1 litro y 10 cts. los demás.

OTRA: Los precios de estos productos en la República del Uruguay son los mismos que se publican aquí reducidos a oro uruguayo.

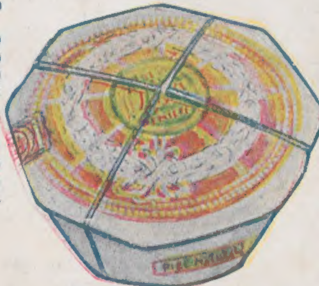


Loción "LE SANCY"
De rica e inconfundible fragancia. . $ **2.90**



BLAS L. DUBARRY
458, Medrano, 478 — Buenos Aires
1575, Defensa, 1585 — Montevideo

Estos Polvos de Tocador se preparan en los tonos: Piel Natural, Rachel, Morocho y Rosado.





Polvo de Nieve NORA

Preparado con los ingredientes más finos, puros y costosos, expresamente para las damas que desean dar a su cutis el tono perlado de la más admirable belleza natural.

Precio de la caja: $ **4.75**

Polvo de Nieve LE SANCY

De perfecta adherencia y rico perfume. Basta por sí solo para dar a la tez un notable encanto juvenil.

Precio de la caja: $ **1.70**

Polvo Líquido "KENDAL"

Une a sus descollantes cualidades como factor de belleza la ventaja de poder ser aplicado sobre el escote sin que manche el vestido.

El frasco. . . . . $ **3.60**